

Jorge Rodríguez Gómez

La piel del lagarto

Cuentos reunidos



A Alcaldía
de Caracas

Fondo Editorial Fundarte

Vegetans grotescos y otras sustancias en forma de esculturas del marco. Pinta chiz sobre papel azul



Hay un momento en que la rueda que llevo en el ojo ocasiona una falsa nocion de la perdida del eq





LA PIEL DEL LAGARTO
CUENTOS REUNIDOS

Jorge Rodríguez Gómez

La piel del lagarto

Cuentos reunidos



Fundación para la Cultura y las Artes, 2015

La piel del Lagarto. Cuentos reunidos
©JORGE RODRÍGUEZ GÓMEZ

Imagen de portada
Autor: Juan Calzadilla

Edición: Karibay Velásquez
Al cuidado de: Coral Pérez

Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal: N°. Lf23420158002451
ISBN 978-980-253-657-3

FUNDARTE
Av. Lecuna. Edif. Tajamar. PH
Zona Postal 1010, Distrito Capital, Caracas-Venezuela
Telfax: (58-212) 5778343 - 5710320
Gerencia de Publicaciones y Ediciones.

PREFACIO

EL GOLPE TORMENTOSO DE *LA PIEL DEL LAGARTO*...

Salvo por la aislada y luego soterrada ocasión de haber obtenido el consagratorio premio cuentístico de *El Nacional* en 1998, con un relato de formato policial que se incluye en el presente libro, Jorge Rodríguez Gómez ha sido hasta ahora un narrador inédito. La tres partes de *La piel del lagarto* (*Cuentos reunidos*) recogen su trabajo silencioso de aquellos años y los posteriores, reivindicando el lenguaje de una libre naturalidad donde coinciden y transitan de uno al otro el coloquialismo más crudo, la sutil ternura amorosa y la descripción sucia y crítica, nauseante a veces, de la Venezuela vivida a fines del siglo XX.

La narrativa venezolana se caracterizó a todo lo largo de aquella centuria por producir, a través de novelas o de conjuntos de cuentos, el retrato urbano y el paisaje psicológico de sus respectivas generaciones. Pensemos en *Al sur del Ecuánil*, de Renato Rodríguez; *Piedra de mar*, de Francisco Massiani; *Historias de la calle Lincoln*, de Carlos Noguera.

Los relatos de *La piel del lagarto* son el testimonio narrativo, largo tiempo postergado en su publicación, de Jorge Rodríguez Gómez y su autorretrato generacional. Con su crueldad anecdótica, su punzante humor negro, su desparpajo erótico, se inscriben en este linaje literario que, quizás como defensa o resistencia, opone la crudeza expresiva a la inmisericordia propia de la urbe y de su fauna humana.

La generación y su subjetividad colectiva dibujada en esta secuencia de relatos, que trazan entre sí líneas de continuidad novelística, resulta hoy, en muchos aspectos, una suerte de «generación perdida» o discontinuada. Son los jóvenes universitarios, estudiantes o pasantes rurales, comprometidos por convicción o por inercia con una aspiración política cada vez más difusa y vaga, casi sin causa, en las décadas finales del decadente siglo pasado.

La convivencia del izquierdismo huérfano con el *yupismo* emergente, y el inicio de las frustraciones de la adultez, produce efectos trágicos y cómicos, complacientes y críticos, antagónicos y agónicos, que la prosa de Rodríguez Gómez retrotrae a la memoria con la fluidez de su monólogo, la vitalidad desembozada del deseo, la mordacidad del desapego y la rabia de la injusticia.

Hay aquí un «realismo sucio», memorial de ju-

ventud y generación frustrada, que dibuja con desenvuelta furia una estampa de esos años 80 y 90 en que la supervivencia espiritual debía aliarse necesariamente con el cinismo. De esa generación universitaria políticamente entrampada, moralmente inconsistente, eróticamente sin freno, indolente en el fondo ante el dilema ético, procede toda una camada de «adultos contemporáneos» que se verán a sí mismos imberbes o hirsutos, con todas sus disociaciones, olvidos, apostasías, conversiones y renunciaciones, en estas páginas.

El sujeto de la enunciación no es el sujeto del enunciado, nos advierten los lingüistas. Uno podría temer que un lector moralista, buscador de valores trascendentes e impolutos, se horrorice con los enunciados de este universo diegético (que posee la crueldad, la avidez de transgresión y el humor viscoso de esas últimas décadas del siglo: esa vivencia de la «posmodernidad») y adscriba al autor el autorretrato subjetivo, psicológico, del personaje, que se manifiesta casi siempre en primera persona.

Lo que reivindica este narrador que funde las dos dimensiones del sujeto en un gesto de autobiografía fabulada y autocrítica, cínica pero irónica, es un *pathos* de enunciar el deseo en toda la libertad que permite el acto verbal. Lo que algún moralista podría condenar (con susceptibilidad enfermiza) es

la reivindicación en acto de ese espacio de libertad conquistada que constituyen la literatura, la poesía y la imaginación, para expresar las intensidades del deseo, de la pasión y del afecto. Desde el amor más loco hasta la repulsión más abyecta.

J.A. CALZADILLA ARREAZA

JULIO DE 2015

I

Los peces

I

«Los peces siempre traen mala suerte», dijo mi tía Maye mirando con rabia la pecera casi vacía mientras los gritos comenzaban a explotar por toda la casa. Lloraba quedo, con la cabellera arrojada a borbotones sobre la cara y las manos blancas de rabia. Me pareció raro, porque a mí, ese cuadrilátero traslúcido, las algas cubiertas de burbujas, siempre me había producido una extraña sensación de bienestar. Quedarme horas a mi regreso de la escuela mirándoles las bocas a los peces, que abrían y cerraban como si hablaran desde un sueño, asombrándome por el poder de su nadar sigiloso, escudriñando las enemistades y las alianzas, preocupándome por las colas raídas de los betta, masticadas con saña por las cebritas y los mollys. Cada viernes papá aparecía con una bolsa de plástico con dos peces agobiados por el exilio, los arrojaba en la pecera y les ponía un nombre. Un día llegó con uno bellissimo: aplanado y con tonalidades verde oscuro como un uniforme de camuflaje.

—Se llama Óscar —dijo papá

Poco después se reveló el asesino: Óscar pasaba al lado de la presa con aleteos inconsecuentes, una indiferencia que alentaba la confianza y en el momento preciso movía con velocidad pasmosa el cuello oblongo y propinaba unas dentelladas feroces a la víctima. Así acabó con una pareja de goldfish, de la aleta trasera del escalari (al que papá había bautizado Niebla), quedó un muñón arrugado como un pergamino inservible, los gupis huían inútilmente tratando de preservar la integridad de sus colas, pero Óscar fue sanguinario desde el principio y con el tiempo se volvió un experto. También ayudado por la rata de mi tío Orlando, que le arrojaba trozos de carne cruda y las crías de los gupis que vivían en el frasco de mayonesa que habíamos habilitado como maternidad. De manera imperceptible, el paisaje de la pecera se volvió sombrío. Óscar se paseaba feliz por el agua verdosa, la quijada rígida, erizada de dientes, que recordaban el gesto congelado de la pirañas. El día que mataron a papá recorría con gracia sus dominios, ajeno a mi temblor, al frío nuevo en mis manos, a la claridad que entraba por la ventana del cuarto, una mañana feliz de la que acababan de expulsarme.

II

¿Por qué recuerdo esto ahora? ¿Por qué hoy, Martha, que ya todo está resuelto, que nuestro silencio no es más el vacío, si no una certeza, la primera en meses? Por supuesto no vas a responderme, nada vas a decir, hoy es tu día de clavar la mirada en el techo, de soportar indolente mis reclamos. No permitirías que te tocara, pero sé que estás ida de aquí, hastiada, ida, Martha, no lo niegues.

Martha se estaba divorciando cuando la conocí. Alta y flaca, los pómulos pronunciados de una nadadora. Experta en computadoras, en redes axiomáticas. Me atrapó su sonrisa de dientes perfectos y el jugo con que manchaba la cama cuando nos amábamos (olía a musgo, a camarones cocidos, a tela sudada, a libros viejos, a caramelo de menta chupado). Se desnudaba en silencio y abría las piernas como un angelito de yeso. Poco a poco me fui quedando en su apartamento de Lomas de San Román, arrullado por la vista y el rumor uterino del aire acondicionado central. A Martha le divertía el bolso de paja con que iba a la universidad y la reverencia confianzuda con que me trataban mis estudiantes. Llenaba los estantes de cajas de cereal de afrecho y el bar con forma de globo terráqueo de botellas de etiqueta negra y esperaba, con la serenidad de una Head Hunter, que mi novela progresara.

Le encantaban mis salidas ingeniosas, pero no hay talento que soporte una chuleada persistente. A sus amigos, con sus camisas de Gitmann and Bros y sus corbatas de seda Armani, les parecía un bicho raro, una nueva excentricidad de la Martha, pero inofensivo. Noche del viernes, recepción en casa del jefe y Martha se presentaba con su taller ambiguo de Chanel y acompañada por su monstruo del lago Ness, su yanomami amaestrado, tomado de la mano, dispuesto a hacer el numerito, a atiborrarme de whisky y canapés de salmón ahumado, y a escuchar horas y horas de las bondades del sistema iOS y chistes extraños de los que se reían como tiburones ancianos. Pero Martha me amaba y yo era casi feliz. A veces habían pequeñas quejas, no lo niego, que si mis ronquidos no la dejaban dormir, que si no anduviera por la casa sin camisa, que si me cortara las uñas de los pies. Pero Martha me amaba. Creo.

Un día apareció agotada y próspera con un goldfish de tres colas y vetas plateadas, habitante único de un frasco de boca ancha bellamente labrado.

—Hola. —Beso al aire, maletín de Louis Vuitton sobre la butaca de cuero escoltada por la lámpara de Phillip Starck— ¿Cómo va la novela?

Algún sindicato de escritores debería prohibir esa pregunta.

—Avanza: el transfor se encuentra con el amor

de su vida, un gordo inmenso profesor de física (experto en Cosmología) que reta cada día a unos portus en un duelo por ver quién come más perros calientes.

—Ajá. —Camina hasta la cocina, deja el frasco sobre la mesa del comedor (las patas delgadas como un suspiro sobre las que se posa un cristal ingrávido. Starck too, of course) y busca algo en la nevera.

Sólo la disciplina más férrea, los aeróbicos más cuidados, la escaladora diaria y extenuante son capaces de lograr esas nalgas perfectas, la raja tensa como un reloj de arena.

—¿Y eso? —le pregunté

El pececito estaba tapizado por unos puntos algodonosos que no auguraban nada nuevo.

—Me lo regalaron. En la oficina.

Martha le puso al bicho un nombre oriental, Yuyo, o Puyi, no recuerdo bien. Lo cuidaba, lo mimaba, le sonreía cada pirueta. Jodido ¿no? Un perro te da la pata, un gato ronronea, pero con Yuyo, o Puyi, había que tener la paciencia de una profesora de niños autistas. Adivinaron. Simultáneamente, ineluctablemente, Martha comenzó a alejarme con su ceño fruncido, llegaba del trabajo y abrazaba al pez (abrazaba el frasco, hasta le estampaba un besito) y para mí la cara de culo reserva especial, un suspiro hondo, quizás una pregunta leve en la que se

adivinaba el reproche ¿pagaste el condominio? Esto nunca me había ocurrido: ¿se había convertido ese goldfish costoso en mi contrincante?, y si así fuera, ¿cómo enfrentar su silencio indolente, cómo penetrar en su enigmática conducta? ¿Celos? ¿Celos de un pez? ¿Lo hablo con Martha? ¿Qué?

III

No conozco Nueva York. Lo conozco y no lo conozco. Lo conozco porque la situación con Martha se iba haciendo insoportable. Un día me le planté llorando y le pregunté si ya no me quería. Ella me abrazó, acarició mi cabeza mientras susurraba cosas bonitas, permitió, después de unas semanas de blindaje, que me la cogiera, es decir, abrió las piernas con la cualidad de un valium de cinco miligramos, mientras me movía dentro de ella miraba detrás de mí, cuando me estaba viniendo me tomó el rostro con las dos manos abiertas y se quedó escudriñándome un rato, como si se preguntara qué cosa era ese peso muerto que en ese momento jadeaba y arrojaba unos chorrillos de leche en su vagina. Como el llanto había funcionado, seguí llorándole a Martha. Casi todos los días. Llanto, insomnio, amenazas de suicidio: terminó llevándome a su psicoterapeuta,

un tipo cansado que me mandó un antidepresivo de nueva generación (así me dijo: antidepresivo de nueva generación. ¿Y a mí qué coño me importa el árbol genealógico de los antidepresivos?). Claro que no le dije nada, calladito me veo más bonito, como había aprendido, además el señor cansado era mi aliado táctico, más aún cuando había recomendado una actividad común que nos reuniera, salirse un poco de la rutina, todas esas frases hechas de las que yo me agarré con la esperanza inútil de los agónicos. Martha lo interpretó como una orden médica, habló con su agente de viajes, habló con su jefe, habló con su vecina para que cuidara a Puyi (Yuyi), come dos veces al día, sólo lo que te quepa en las yemas de los dedos, estas gotas se las mandó el veterinario para los hongos (¿lo llevó al veterinario? ¿Las manchas horribles eran hongos? Tenía razón el tipo cansado, nuestro problema era de comunicación), y aquí estábamos en un avión rumbo a Nueva York. Martha parecía algo ajada, pero ahora entiendo que así lucen las ejecutivas en los aviones. Yo estaba al borde de un ataque de pánico. Después de la segunda copa, o durante la segunda copa, no recuerdo bien, fue cuando la cagué:

—Martha —le pregunté— ¿tú me amas?

—Herisberto —me silbó— ya no aguanto más.

Y a n o a g u a n t o m á s. Y a n o a g u a n t o m á s. Y

bueno, era inevitable: me dijo de todo, o lo que es lo mismo, me dijo pelele, me dijo vago, escritor fracasado, etc. Yo tampoco me quedé atrás y la llamé frívola, superficial, cuando mis insultos comenzaron a parecerme un poco ridículos, le busqué el hueso: la llamé vieja, le dije que me estaba tirando a una de mis estudiantes porque añoraba la firmeza de las carnes (digan lo que digan los folletos, los antidepresivos de nueva generación también te la tumban), que no tenía idea de lo bien que se sentía el temblor convulso de las multiorgásmicas.

—Vete a la mierda, Herisberto.

Aterrizaje forzoso tres horas después. Me disculpé de todos los modos posibles, apelé a las recomendaciones del señor cansado, le rogué que no me dejara, asomé, nuevamente, la posibilidad del suicidio. Martha se lanzó a fondo:

—¿Y qué quieres? ¿Que te compre el libro del Dr. Kervokian? Haz con tu vida y con tu muerte lo que te salga del forro.

Y me dejó allí con setenta dólares en billetes nuevecitos de a cinco y el pasaje de regreso. Conclusión: de Nueva York conozco el aeropuerto Kennedy, que es un recinto luminoso y amplio donde uno puede llorar tranquilo sin que nadie le pregunte nada.

Martha regresó a la semana, suspiró hondamente cuando me vió, pasó de largo para saludar a

Puyi, que, a decir verdad, estaba mucho mejor de las manchas. Me convertí en un mayordomo filipino, discreto y eficiente. Fregaba el piso que los zapatos Gucci de Martha pisaban. Pagaba las cuentas, me las veía con los sádicos de la Compañía de Teléfonos. Mi cómplice, el tipo cansado, me había dado un permiso por quince días; igual, los alumnos ya estaban hartos de mis pataletas y del seminario que escudriñaba un enlace entre Chejov, Carver y la joven literatura latinoamericana. Trataba de no aparecer por el campo visual de Martha, si para algo tengo olfato es para saber cuando están a punto de mandarme para el carajo. Cuando Martha me atrapaba y se venía con el Herisberto tenemos que hablar yo llamaba al tipo cansado llorando a gritos, lo dejaba hablando con Martha y me escabullía. Perdí quince kilos, pero no importa, la buena vida me había convertido en el doble de Pablo Escobar antes de que le dieran matarile y nada de malo tenía recuperar la forma de escritor sufrido. Una tarde que el señor cansado me dejó embarcado, llegué a la casa más temprano de lo habitual. Escuché unos ruidos extraños, como de una niña que llora. Venían del cuarto, de nuestro cuarto, de su cuarto. Fui hasta allá, abrí la puerta: Martha feliz, las piernas en compás hacia el cielo, ensartada por el Gerente de Comercialización. Él se movía sobre ella como un

becerro asustado, no pude dejar de fijarme en sus nalgas lechosas por las que se asomaban unos pelitos tristes. Puyi, el voyeurista, seguía todo desde su frasco labrado. El gerente, apenado, se medio vistió y salió, no sin antes intentar una disculpa. Martha, desde la cama, me lanzó una mirada vidriosa; jadeaba, en esos sonidos líquidos no alcancé a notar una sombra de disculpa.

—Bueno, Heri —dijo cuando recuperó el aliento— es mejor así para todos.

Casi parecía un slogan, el lema de campaña de un candidato derrotado: «Lo mejor para todos». «Así es mejor. Para todos».

No aguanté. Con rabia agarré el frasco desde donde Puyi expresó su alarma extrema incluso antes de que Martha se percatara de mi intención. Corrí al baño con el frasco en mi regazo, desde la habitación se escuchaban los gritos de Martha que, desesperada, buscaba cubrirse para alcanzarme y detenerme (qué pudorosa se había vuelto ahora que me odiaba, antes me encantaba ver desde la cama su culo alejarse cuando iba a la cocina por un vaso de agua). No llegó a tiempo, cuando entró, ya había arrojado a Puyi a la poceta y accionado el bajante. Hizo unas breves piruetas de carrusel de feria y desapareció en el agujero negro. Martha empezó a gritar como una loca, intentó golpearme y arañar-

me, yo la aparté de un manotazo en la oreja. Salí a la calle. Venía lluvia avisando. Prendí un cigarrillo, algo apenado de haber condenado a Puyi a nadar eternamente en el río de mierda que atraviesa esta ciudad asustada.

Canción

Cuando salió de su casa, sintió en la cara el aire que bajaba del cerro. No se dejó amargar por la oscuridad del pasillo del Bloque, ni por el bombillo de neón que despedía una luz sucia, ni por los güevotes pintados en la pared de la fachada, ni por el borracho derrengado sobre unos cartones contra la reja del abasto, ni por la gente que corría, ni por el humo de los autobuses. Sonrió al recordar la razón de su salida, no había querido decir nada en la casa, no quería que se burlaran: iba a sacarse el pasaporte. Echó hacia atrás un mechón rebelde de pelo, un gesto que a Pablo le encantaba. Pablo la noche anterior comiéndosela a besos en el sofá de la sala, su aliento un poco fuerte recorriéndole las mejillas, el cuello alerta como un bosque de bambúes, su boca metálica cerrándose desesperada contra la tela del sostén, la descarga de leve voltaje que le recorría el cuerpo y le dejaba una manchita en la pantaleta con un olor que le encantaba, el del mar desde la carretera las tardes que regresaban de la playa.

Se le ocurrían unas cosas: y que sacarse el pasaporte. Ni idea de por qué. Le hacía sentirse persona mayor, como la primera que vez que fue al cine sola, o la vez que le entregaron el sobre con la primera paga en la fábrica, o la tarde que Pablo intentó bajarle el blúmer (empapada, hirviendo estaba) y ella sacó una fuerza líquida de los pulmones para susurrarle no, Pablo, no, Pablo, para, Pablo, en la oreja.

Se montó en una camioneta repleta, pagó el pasaje y limitó con los codos a un viejo lagañoso que intentó recostársele durante todo el viaje. En la camioneta todo el mundo parecía como dentro de una burbuja, los rostros sudados, las mujeres con las carteras apretadas contra el cuerpo, un hombre pálido sentado al fondo miraba por la ventanilla con los ojos muy abiertos. Le encantaba esa canción, había comprado el cd con el aguinaldo, la tarareaba echándole unas miradas asesinas al viejo. Un niño de cabeza inmensa jugaba con saliva, le hacía gorgoritos hasta que la mamá se dio cuenta y le soltó un bofetón que le dejó la oreja roja. El niño se sobó la oreja y aguantó las lágrimas. Cuando Laura se bajó de la camioneta, intentó hacerle un gesto en la cabeza que impidió el conductor al arrancar bruscamente.

«Cabrón», dijo en voz baja.

El edificio de Extranjería parecía una cucaracha

impasible. Todo estaba sucio, el ruido hacía pensar en una fiesta, en una jaula de pájaros exóticos. Los papeles volaban por la calle, un tipo mugriento, con un saco a la espalda, revisaba un pipote de basura. En la acera, posado sobre un trapo rojo, un hombre sin piernas vendía relojes y radios am/fm. La gente lo esquivaba con pericia de mediocampistas.

Entró al edificio sombrío, repleto, maloliente. Colas y colas detenidas detrás de unas taquillas de barrotes gruesos. Un aviso pegado en la pared la desahució: «Suspendida la entrega de pasaportes hasta nuevo aviso».

«Pero qué pendeja soy», pensó, sintiendo que no tenía nada que hacer, dejando caer los brazos delgados. Suspiró.

Cuando tenía diez años, su papá le ofreció regalarle un reloj. Él siempre andaba como molesto, como si algo le picara. Pero una noche que Laura estaba viendo televisión le había dicho: «Mañana te compró un reloj» Laura recuerda que le hizo un montón de preguntas a su papá, que si era de cuerdas, que si con las tres agujas, que si con fecha, que si con puntitos fosforescentes para ver la hora en la oscuridad, el viejo movía la cabeza para un lado y para otro, complacido de su ocurrencia. Aquella noche Laura durmió mal, soñó con un pájaro enorme que se reía a carcajadas agarrándose la cabeza. Al

día siguiente su papá amaneció con un dolor fortísimo en la barriga y el rostro bañado en sudor frío. Se lo llevaron para el hospital y Laura pudo verlo dos veces más, tirado en una cama y flaquísimo, antes de que se muriera. Aunque su mamá no quería pudo verlo un ratico en la urna, le había crecido una barba de pelos rojizos y le pusieron el traje gris que se había comprado en Dorsay. Y en la muñeca derecha estaba: un Seiko de correa negra y esfera azul. ¿A quién se le había ocurrido enterrar a su papá con el reloj puesto?

—¿Qué pasó, mi reina? ¿Perdiste el viaje? —le preguntó un gordito de bigotes y corbata morada.

Laura miró para otro lado, pero el hombre se le puso de frente, se le veía la credencial en el lado izquierdo del pecho.

—¿Qué venías a sacarte? —le preguntó.

—El pasaporte —respondió Laura.

—¿Te vas de viaje?

—Sí —mintió Laura.

—¿Cuándo?

—El viernes

—¿Y para dónde?

—Curazao.

—Pues te jodiste, flaca, porque no hay pasaportes hasta nuevo aviso.

—Sí, me jodí —dijo Laura. Volvió a suspirar.

—Pero me caíste bien. Vamos para la otra oficina y te ayudo. ¿Compraste los timbres fiscales?

—No —dijo Laura.

El hombre la miró como un cura bonachón frente a sus ovejas descarriadas:

—Anda para aquella taquilla, compra trescientos bolos en timbres fiscales, y yo te espero en la puerta de allá.

Laura compró las estampillas y caminó hasta donde el hombre le había dicho. Le preguntó:

—¿Y dónde es?

—En la oficina VIP de Extranjería —le respondió el hombre.

—¿La qué?

—Donde se sacan el pasaporte las very important persons. Allí trabajo yo.

Salieron a la calle y caminaron por el río de gente. El hombre se movía rápido, los codos pegados al abdomen que saltaba como si portara un canguro bebé. Laura lo seguía callada, apretando fuerte el sobre con las estampillas y las dos fotos. Atravesaron unos tarantines de buhoneros, una vieja se rodeaba el cuello con la cintura de un bluyín, pedía rebaja. Cuando el gordo le dijo por aquí Laura se había quedado mirando a un chichero que se escudriñaba la nariz, hacía unas peloticas de moco y luego las aplastaba entre el pulgar y el índice.

—Por aquí —le volvió a decir el hombre.

Se sumergieron en unos sótanos que servían de estacionamiento. La luz ocre que se colaba desde la bocacalle arrullaba a los carros que parecían recién nacidos agobiados en un retén.

—¿Falta mucho? —preguntó Laura.

—No. Casi llegamos —respondió el gordo mientras descendía por unas escaleras de caracol ennegrecidas por el hollín. Abajo estaba más oscuro, unos pocos autos oxidados parecían despojos de un holocausto nuclear. Laura se detuvo:

—No, mira, no te preocupes, otro día vuelvo, es que me tengo que ir.

—Pero si ya estamos llegando —le dijo el gordo.

—Sí, pero es que me tengo que ir. Disculpa —dijo Laura.

—Sí eres desconfiada, flaca —le dijo el hombre, y le soltó un rechazazo que se estrelló en su mandíbula.

Salió disparada hacia atrás y se golpeó la cabeza contra el concreto sucio. Cayó de rodillas. El hombre se le acercó y la golpeó en el pecho, la sostuvo por las tetas apretándoselas, retorciéndoselas con fuerza. Luego la agarró por el pelo y volvió a darle contra la pared. Laura empezó a llorar:

—No, qué pasa, déjame —le dijo.

—Cállate —respondió el gordo— cállate —le atenazó el cuello y apretó: pórtate bien, colabora.

Cuando le reventó la blusa, Laura se sintió repentinamente cansada, ajena mientras le mordían el cuello, la lamía un lobo, le arrancaban el aire con un codo duro en el plexo solar. Un camión encima, toda el agua del mar encima, la punta de una montaña que se desprende y la aplasta. Los jadeos del gordo, su saliva pastosa, la anestesiaban, la alejaban de las manos que en ese momento le subían la falda. Cientos de hormigas rojas recorriendo la tela suave de su sexo. El gordo no duró mucho, unos empellones y se derrumbó sobre ella con ternura, con sueño.

Todo en silencio. El gordo se esfumó como un espejismo. Laura sentía la grasa del pavimento pegada a la espalda y a las nalgas. Se levantó, se cubrió con los restos de la blusa, recogió las fotos que la miraban desde el suelo, a la falda no le subía el cierre. Caminó hacia la luz, hacia el rumor, y entre el humo y la gente que empezaba a rodearla con asco, pudo ver la recta desordenada de tres guacamayas que atravesaban el cielo de nubes hinchadas como en los libros de catecismo.

LA PIEL DEL LAGARTO

He aquí unos muertos cuyos huesos no blanqueará la lluvia, lápidas donde nunca ha resonado el golpe tormentoso de la piel del lagarto, inscripciones que nadie recorrerá encendiendo la luz de alguna lágrima; arena sin pisadas en todas las memorias.

OLGA OROZCO

114-B

Anoche se murió el viejo de al lado. Parecía que se estaba pudriendo desde abajo porque algo le estaba poniendo negros los pies y cada vez que le quitaban las gasas para limpiarlo el olor a carao-tas podridas se hacía insoportable. El pobre viejo se fue encogiendo como un pajarito y tenía varios días soltando unos chillidos amortiguados por los garga-jos que le caían hasta el pecho como una catarata de leche condensada. Vino una enfermera gorda y lo vio tieso y pálido, le agarró la muñeca como por no dejar y se volvió a ir; todos nos quedamos acurru-cados en nuestras camas, al rato volvió con el médico de guardia que prendió la luz de la sala y se acercó a la cama del viejo. Me dio, no sé, algo de tranquilidad verle tantos bolígrafos en el bolsillo de la bata al muchacho que le quitó la sábana al viejo, miró los pies y dijo «carajo», le puso el estetoscopio en el pecho y esperó, no sé si escuchar algo, no sé si se quedó dormido, luego miró a la gorda y le preguntó «¿lo reanimamos?». Se cagaron de la risa,

a la enfermera se le movían las tetas asfixiadas por el uniforme, le retiró la aguja que el viejo tenía en el antebrazo, dio unos golpecitos a la cama y dijo:

—¿Te traigo el certificado de defunción?

—¿A esta hora? —dijo el médico.

—¿Y para cuándo lo vas a dejar, papito?

—Cuando amanezca, coño, son las tres de la mañana, y ahora son cuatro copias que se llenan, no me jodas, Etelevina.

—¿Y vas a dejar el cuerpo allí hasta que amanezca? —preguntó la enfermera.

—Ni de vaina —dijo el de la 114-F.

—Jhonny, te callas ¿sí?, que nadie te dio velas en este entierro —dijo la enfermera.

—No van a dejar a ese muerto allí hasta mañana ¿Ustedes se volvieron locos? —volvió a decir el de la 114-F, que se miraba desesperado el tubo que le salía del pecho y terminaba en un frasco grande de mayonesa donde burbujeaba un líquido jabonoso.

—Bueno, dejen el peo —dijo el médico— búscame los papeles, Etelevina.

Caminó hacia el estar de enfermeras, luego volteó hacia la sala y dijo:

—Y a dormir todo el mundo.

—Pero apaguen la luz —dije yo. Etelevina me miró de reojo, teníamos una culebra de varios días, ya ni me acordaba pero la acusé con el Adjunto y

desde ese día me sacó bola negra: me espaciaba las curas, decía que yo no me bañaba casi, le ponía cara de culo a Keyla las pocas veces que me visitaba. La gorda caminó hacia la puerta con su pinta de elefanta insomne, llevaba el paral con el frasco de solución que tenía puesto el viejo, pasó por el interruptor, lo acarició levemente y dejó la luz prendida, la muy perra.

Sala de Partos

La guardia estuvo movidita. Nació un chamo sin cabeza, el parto lo atendió Susana. Qué rica que está la Susana, con ese cuello tan largo y la naricita levantada y el cabello que se le derrama por los hombros en ondas que sólo con cien cepilladas cada noche. Una vez la vi saliendo de quirófano y tenía toda la entropierna espolvoreada con talco de los guantes. Eso me mató: Susana tan fina, tan limpia, tan culito malo y le picó la totona y allí mismo se rascó con sus uñas de manicura semanal. Imaginé si le habría picado la cuquita por el sudor durante la intervención (los pelitos pegados a la piel, buscando, desesperados de calor, la raja hirviente), pensé que bien podía tener alguna irritación que le escaldara la piel, un enrojecimiento pruriginoso (pasarle la lengua, refrescarle el fuego mientras ella echa la cabeza hacia atrás agradecida), de sólo suponer que mientras se tomaba un café en las mañanas abajo la mordían los ácaros, se me paraba horrible y qué pena armando carpa a las siete de la mañana en el cafetín. Susana esperó mientras la mujer pujaba,

pero algo no venía bien. Cuando se asomó el tocón del cuello, Susana no hallaba qué hacer, sacó el cuerpo con un movimiento leve, cortó el cordón, lo examinó un ratico, se lo entregó a la enfermera que lo envolvió en un trapo como si fuera un pan recién horneado, luego extrajo la placenta tratando de disimular el temblor de las manos, revisó a la mujer que se removía inquieta, la cosió cuidadosamente, y esperó la pregunta:

—¿Pasó algo, doctora? No lo oigo.

—Después hablamos, mi cielo —le dijo Susana mientras caminaba hacia el lavamanos, se quitaba los guantes, el gorro y metía las manos bajo el chorro potente.

También se apareció, en plena madrugada, Wisconsin Wisconsin. Así le decíamos al loco Asdrúbal, uno que estudiaba con nosotros y se le fueron los tapones en un examen de Anatomía II. Después de eso, y de una hospitalización de dos meses en Psiquiatría, Asdrúbal no volvió nunca más a su casa, dormía bajo una escalera en la Facultad de Arquitectura y se la pasaba todo el día levantando unas pesas que él mismo había fabricado con unos potes de pepsi de dos litros que había rellenado de arena. Sacó unos músculos que cuando los vigilantes lo intentaron expulsar de su cueva en Arquitectura le fracturó la mandíbula a uno y a otro lo iba asfixian-

do con una doble nelson. Asdrúbal se aparecía en las asambleas de estudiantes en el Instituto Anatómico, pedía la palabra —¿cómo se la negaban con los bíceps de camión que se gastaba?— y siempre se lanzaba un discurso donde culpaba de todo a la «escuela de Wiscon Wisconsin». Con el tiempo, y por cariño, terminamos llamándolo Wiscon. Anoche llegó a la Sala y empezó a ponerle el estetoscopio en las barrigas a las mujeres en pleno trabajo de parto. La vaina era demasiado cómica, las mujeres gritaban con las contracciones y Wiscon les decía:

—No se oye el foco, no se oye el foco.

—¿Cuál foco? —le preguntaba una mujer entre alaridos.

—El latido, el latidoooooooooo —aullaba Wiscon.

Y ahí mismo se armó el peo: las mujeres chillando que si el bebé se les había muerto, los médicos llamando a vigilancia para que sacaran a Wiscon que parecía un Tiranosaurio Rex con el mono de cirugía sucio y roto, los vigilantes que trataban de sacarlo y Wiscon que repartió uppers, jabs y ganchos más alguna patada en las bolas, que ni el novillo Paiva cuando se arrebatava. Dos mujeres parieron solas, esperaron aliviadas que vinieran a cortarles el cordón umbilical con el muchacho entre las piernas, a Wiscon al fin le pusieron una inyección y se lo volvieron a llevar para Psiquiatría.

Era un buen paciente. Tranquilo, amable, nunca se quejó de nada, y mira que se las vio negras todo el tiempo que estuvo aquí. Tres meses y eso eran agujas por todos lados, biopsias, exámenes, pruebas, los estudiantes metiéndole mano todo el día para palparle el hígado grande. Tres meses y ni un solo día estuvo sin fiebre, en la noche gritaba asustado, soñaba con un lagarto inmenso, me decía, con patas de madera, que lo miraba desde la ventana. Conmigo siempre fue un caballero. Llegaba a tomarle la tensión, o la temperatura, o a inyectarle cualquier cosa y él siempre tan amable, se ve que era estudiado y no como esos malandros que llegan aquí todo tiroteados, que con el cuerpo lleno de balas, y las piernas paralizadas, y tubos de tórax, igual intentan meterle mano a una, o se quejan todo el tiempo, o te dicen que te prepares, que apenas salgan te joden. Él no, él siempre con una sonrisa, limpiécito, bañadito desde la mañana, siempre con un libro, daba dolor verlo sentado en el balcón con los ojos

cerrados como tratando de robarse un pedazo de sol que le devolviera el color al cuerpo. Tres meses aquí y ni un solo día levantó la voz, o se negó a pasarse el tratamiento. Al mediodía venía la esposa a visitarlo, Glenda creo que se llama, eternamente arrecha, como harta de esa fiebre maldita que no se le quitaba a Humberto. A veces, en las tardes, cuando la Sala daba miedo de lo roja que se ponía y los pacientes abrían los ojos como queriendo que no se hiciera de noche, Humberto lloraba calladito contra la pared. La mujer no supo pero yo sí lo vi muchas veces. No es que yo lo prefiriera ni nada de eso como dice la perra de Ligia, que y que le tenía ganas y se me hacía agua la boca cuando le lavaba las bolitas y se las entalcaba. Para empezar que a mí nunca me tocó bañarlo, tuve que decirle a Ligia que dejara la habladera, que si Pablo se enteraba la que se armaba. En la revista los médicos se hacían los pendejos frente a la cama de Humberto, les daba como pena no tener ni idea de lo que pasaba y francamente, ya no hallaban que otra mentira decirle.

La verdad es que la vida es bien rara. Una mañana que estaba lloviendo, me acuerdo bien, Humberto amaneció sin fiebre. Ya ni le ponían nada, los médicos esperaban que se terminara de morir, pero de repente esa mañana Humberto amaneció sin fiebre, incluso se comió la mortadela gris del de-

sayuno, cuando pasé la ronda estaba muy sonreído moviendo los dedos de los pies. La esposa vino en la tarde, lo saludó pasándole la mano por la frente, y empezó la letanía que si debían la luz, el agua, el teléfono, el colegio de las niñas, que mejor las retiraban y las ponían en una escuela pública, que el árabe del apartamento la llamaba todos los días para cobrarle, que parecía que en la oficina iban a botar a un gentío, que el cabrón del médico residente se le esconde cada vez que la ve.

—Hoy no he tenido fiebre en todo el día, Glenda —le dijo Humberto.

—¿Y cómo sabes?

—¿Cómo que cómo sé? Porque me siento bien, no me ha dado el ahogo ni la sudadera. No he tenido fiebre.

—¿Y entonces por qué el maricón de Ramírez no me lo ha dicho? —preguntó Glenda.

—Porque no lo sabe, mi amor. Hoy no ha pasado por aquí. Pero es verdad, me siento bien.

—¿Y entonces? —preguntó Glenda.

—Que ojalá me pueda ir de esta mierda.

Se quedaron en silencio un rato. Glenda le arreglaba la almohada, le sobaba la frente, Humberto se quedó mirando por la ventana el regreso de las guacamayas gritonas hasta que se puso oscuro. Pasé

a despedirme y me dijo bajito que no iba a poder dormir:

—Dile a Ramírez que pase por aquí mañana —me dijo

Tanta paja que hablaba la Ligia y a que no sabes: la encontraron en la madrugada ensartada por un residente de Cirugía. ¿Cómo que no entiendes? No te hagas la pendeja, se la estaban cogiendo, la tenían en cuatro patas en el cuarto de tratamientos, los descubrieron unos pacientes por la bulla que hacían los cabezasos de Ligia contra el gabinete de los intravenosos. No, no creo que la vayan a botar, le pondrán una amonestación escrita y hasta ahí. Pero cuando el marido de Ligia se entere, ayayay, ¿tú no te acuerdas de él? El kilúote que operaron aquí de las hemorroides. Bueno, para hacerte el cuento corto, a Humberto lo dejaron tres días más ahí acostado y después lo dieron de alta. Ramírez andaba de lo más echón, como si hubiera hecho algo, más cochino que es ese Ramírez ¿tú no has visto cómo se sopla los mocos con la bata? Asco. Humberto se fue de lo más contento ayer en la mañana, se despedió de todas nosotras, a mí me dio un beso que me dejó el cachete oloroso a Lavanda Yardley, y hay que ver que la vida es muy rara. Parece que llegó a su casa, besó a las niñas, comió, descansó un rato y en la tarde se arregló para ir a visitar a su mamá en

El Valle y cuando iba saliendo del edificio pasó un autobús de San Ruperto y se lo llevó por delante. Llegó a la Emergencia hecho sereta, fracturado por todos lados, no duró ni una hora. La mujer, Glenda, andaba como aturdida, no entendía nada de lo que estaba pasando, la verdad que yo tampoco. Mañana lo entierran en el General del Sur, voy a ver si la supervisora me da permiso y me acerco aunque sea un ratico al velorio.

Anatómico

Pedroza cuidaba los cadáveres del Instituto Anatómico. Con bigote encrespado y una bata de botones heroicos que le hacía parecer el Sargento García de la Universidad Central, recorría sus dominios de urnas metálicas donde reposaban los cuerpos a los que los hongos convertían en capullos de mariposas gigantes. También era el encargado de la piscina de formol en la que dormitaban, guindados de los pies, los restos humanos que cada miércoles y viernes acribillábamos los estudiantes de Anatomía Uno y Dos. Pedroza siempre estaba de buen humor, con frecuencia nos hacía la segunda: una vez me prestó un cráneo en excelente estado, un corazón no excesivamente deshilachado y la mitad inferior de un pobre hombre por la que pude estudiar la región glútea y el hueso poplíteo. Un viernes Pedroza se duchó temprano y se fue para su casa en Hornos de Cal. Cuando entró a la casa se asombró por una humedad de helechos y un murmullo de peces, la

cortina que daba a su cuarto le mostró movimientos de combate chino: María estaba tirando con un malandrino de la zona. Pedroza salió y sin pensarlo demasiado fue al Metro y se lanzó al paso del tren. Una de las ruedas le seccionó la pierna derecha bastante arriba de la rodilla. Luego meses de hospitales y psiquiatras y colectas para comprarle la prótesis. Me contaron que todavía anda sonriente por los pasillos del Instituto mientras lleva acompasado las urnas hacia los cubículos repletos de estudiantes ateridos de miedo.

Consulta Externa

Aunque fuera un solo día que llegara y no hubiera esa cola de pacientes que da la vuelta hasta el estacionamiento. Un solo día sin este olor a carnicería, un día que no me recibieran los gatos comiendo sobre la camilla, un solo maldito día que el aire acondicionado sirviera, un puto día que las historias estuvieran en su sitio, que hubiera tensiómetro que funcionara, tampoco es para exagerar pero cómo coño esperan que uno sea cardiólogo si el cable electrocardiógrafo vive dañado. Un pequeño pedazo de día que la enfermera no pusiera esa cara de cocodrilo ofendido, de proletaria al borde de la lucha de clases. Si yo mandara en este hospital, nojoda, una semana es lo que pido, una semanita y arreglo esta mierda.

—El siguiente.

Masculino. Setenta y tres años. Cardiopatía hipertensiva e isquémica. Insuficiencia Cardíaca Congestiva Global. Ya el corazón es una gomita que vibra como un zapato roto. A comprar tierra,

señores, pero y este monumento de dónde salió. Esa mirada líquida puesta sobre mi corbata Kenzo, las yuntas de alpaca compradas en Londres, el pelo negro y cortísimo, las orejas blancas, suaves, los labios un poco delgados. Qué buena está. Las tetas un poquito pequeñas, seguro que caben en mi mano como una mandarina, el vientre plano, hundido hacia el ombligo, las piernas largas, el culito parado de garza regalada.

—Perdón, ¿la señorita es?

—Su hija, doctor. No lo veo nada bien, se despierta ahogado en las noches, se desmaya, como si no respirara por un rato. Yo lo veo muy mal.

Y tienes razón, querida. Este viejo ya está llenando el plan de vuelo.

—Déjeme examinarlo. —Claro que todo fue para impresionarla. En eso yo soy un as, el Meteoro de la tecnología médica. Para nada, la verdad, porque los soplos del viejo se escuchaban desde el escritorio, de dónde también podía ver de reojo el tronco de los muslos de la ninfa protegidos por el vestido entallado de flores. Pero igual le tomé el pulso, yo mismo le tomé la tensión con una dedicación que olvídate de José Gregorio Hernández, lo ausculté concienzudamente, encharcados los dos pulmones, este viejo debe ser medio anfibio para respirar con los dos piquitos de pulmón que le quedaban sal-

vados de las aguas. El corazón era un desorden de ruidos y chasquidos, parecía que en algún momento iba a salir Pérez Prado gritando «maaaaaamambo».

—Mejor lo hospitalizamos —le dije.

En esta parte nadie nos gana a los médicos. En esa frase grave dicha con seguridad. En la mano impecable que arruga el estetoscopio y lo arroja con descuido en la bata. Cuando ella abrió los ojazos ensanchados por las lágrimas, este servidor se le acercó y le tomó las manos, suavemente, sin apuros, que la gacela calme tranquila su sed en el recodo del manantial bajo el cielo abierto del Serengueti.

—Es lo mejor para él. Aquí podemos cuidarlo bien. —Mientras le decía esto recordé la cocina del hospital. Nunca en mi vida, lo juro, ni cuando médico rural en Maroa, había visto unas cucarachas tan grandes. Al hijo de puta del director yo lo agarraba y lo amarraba en su silla, le ponía delante el busto de Vargas que está en la entrada del Hospital y lo hacía almorzarse al menos cuatro de esas mutaciones conchudas, lo obligaba a chuparle las cabezas duras como langostinos al vapor, yo a ese cabrón no lo puedo ni ver. Pero al grano Ambrosio, caballo seis alfil rey, jaque.

Órdenes en la historia, solicitud de exámenes, radiografías, indicaciones y ya está la enfermera con su cara de culo debidamente instalada llevándose

al viejito envuelto en una batica de tela blanca que lo hacía parecer un centurión escoñetado por los godos.

—Y tú te quedas un ratico para que me des los datos. Pasar al tuteo es la antesala imperceptible del polvo. Permite una calibración de la víctima, una sonda exploratoria a sus deseos, una evaluación concienzuda de las defensas, un leve soplido contra la resistencia de la entrepiera.

Lo demás fue pan comido, señoras, señores. Nombre: Aritza, y claro, había que calarse el cuento de la abuela Maritza y el rollo del tipo de la prefectura que se comió la M y así se quedó Aritza, pero si Aritza es más bonito, ¿tú crees?, pero claro, si Aritza es el nombre de una diosa griega (vamos bien, se sintió halagada, de mitología griega no sabe un coño, igual que el suscrito), estado civil, divorciada, punto a favor, ¿trabaja? Estudiante, de psicología, punto a favor, ¿hijos? La joya con el que se casó nunca quiso, punto a favor, ¿religión? Evangélica, punto en contra.

Dejarla hablar, seguir atentamente sus palabras huecas, sus íntimas tristezas, desgranadas con ese tono ronroneante que nos ha sido legado por las hijas de la clase media caraqueña en descenso.

Al poco rato estábamos besándonos, lamiéndonos con desespero, tensando pliegues y aplacando

las lenguas con nuestras salivas cristalinas. Le saqué el vestido por arriba, ella sacudió la cabeza cuando la tela de franela la ahogó por instantes. Era muy blanca, alta, los ojos entrecerrados, como si hubiera despertado de un sueño de siglos entre esas paredes desconchadas y la camilla oxidada. Le pasé la mano por la raja empapada, chupé mis dedos aceitados, y la obligué a besar el nuevo sabor marino de mis labios. La volteé, le doblé el torso como si fuera una muñeca de trapo, le aplasté con suavidad la cabeza contra el semicuerdo de la camilla. No sé por qué, pero a las flacas me gusta cogerlas por detrás, mi psicoanalista dice unas vainas de la sumisión y mi miedo a la oscuridad, para mí que a ese viejo birriondo le encanta que yo le eche estos cuentos. Le abrí un poco las piernas y se la clavé.

Pero me equivoqué de hueco. Se la metí por el culo.

Ella pegó un grito salvaje y se la sacó, se volteó y me pegó en la cara, un anillo grueso que tenía en el anular derecho me lastimó el pómulo.

—Pero tú estás loco (tuuuuuu estás locooooooooo)
—gritó—. Animal (Animaaaaaal)

—Me equivoqué —le dije— me equivoqué, disculpa.

Pero ella seguía gritando: hijo de puta, hijo de puta, hijo de puta y yo discúlpame, de verdad, dis-

cúlrame, fue un error. Traté de abrazarla, pero no es fácil moverse con un pantalón doblado en las rodillas. Ella se puso su vestido y salió dando un portazo. Afuera había un rumor que me angustió un poquito. Reparé que se había dejado olvidada la pantaleta que yacía en el piso como una gaviota muerta. Cuando me quise subir el interior me di cuenta de la mancha oscura en mi palo, del olor a tierra mojada, a fruta podrida. Traté de lavarme en el lavamanos del consultorio, pero claro, no había agua. Maldito mil veces coñísimo de su madre Director. Me lo envolví con una gasa, me vestí, abrí la puerta, llamé al próximo paciente.

Entró una señora con un niño azulado. El olor era muy fuerte, pero igual, lo consideré un aporte al tradicional aroma de nuestra casa de salud y yo no tenía tiempo que perder, tenía una consulta por sacar.

Wiscon

Antes de que a Wiscon lo matara un Metropolitano de un tiro en la cara se enamoró de una flaca de Economía que se la pasaba en la biblioteca de la Escuela de Historia. La entrada de la biblioteca era toda de vidrio, desde afuera se veía a los estudiantes leyendo, absortos como peces dormidos. Por semanas Wiscon se la pasó pegado a la puerta mirando a Olivia Olivo, como la bautizó el rata de Ratael, y tratando de que no lo vieran cuando le pasaba la lengua al cristal, dejando una manchita de caracol, su deseo silente. Wiscon nunca le habló, que se sepa, a veces la seguía cuando Olivia iba al comedor o cuando caminaba ingrávida hacia la parada del carrito y atravesaba la Tierra de Nadie como una palmera estremecida por el viento violeta de las tardes. Wiscon era un animal de costumbres: en las mañanas salía de su cueva de Arquitectura, hacía sus abluciones en un chorrito del jardín que daba a las canchas de Ingeniería, se ejercitaba con los potes de Pepsi y un saco de boxeo que se robó del Gim-

nasio Cubierto y luego caminaba como un tractor al comedor a atiborrarse de la avena grumosa que sólo a él le gustaba. Le parecía un deleite, la verdad, se zampaba tres escudillas y luego raspaba el peltre para no perdonar los restos que se quedaban pegados del fondo. Después del desayuno se iba al Hospital a ver si se podía colar por una de las puertas pero ya los vigilantes andaban mosca. Se ponía como loco, el pobre Wiscon, si no lo dejaban entrar; le encantaba sobre todo ir a las revistas de Medicina y a las reuniones anatomopatológicas para sentar cátedra mientras se atusaba los bigotes de charro enhiestos por la avena seca. No se sabe cómo, pero Wiscon aparecía en cualquiera de las Asambleas que pululaban por la universidad. De estudiantes, de empleados, de profesores, de jubilados, de la tercera vía, de los mariguaneros del estadio, de los obreros sindicalizados, de los cheerleaders de Arquitectura, de las lesbianas de la Escuela de Letras, de filósofos cirróticos, de autoridades asustadas, de revolucionarios cansados, de investigadores agobiados por el silencio; las reuniones de la FCU eran sus preferidas, allí iba y soltaba su teoría del modelo imperialista de la Escuela de Wiscon Wisconsin.

Una tarde estábamos Ratael, El Mesíe, Asuracenturix y yo metiéndonos un cacho leve detrás del Aula Magna y apareció Wiscon a adoctrinarnos de

los efectos devastadores del cannabis en la memoria cognitiva.

—Ese, Wiscon, cómo está la vaina —le dijo Ratael.

—Jejejeje —le respondió Wiscon entre dientes.

—¿Y el Hospital, Wiscon? —le pregunté yo.

—Bien, jejejejeje.

—¿Y las jevas?

—¿Por qué? —cuando Wiscon cerraba los puños a los costados, había que cambiar de tema.

—Por nada, por nada. ¿Y el entrenamiento? —preguntó Ratael.

Y bueno, tenía que venir el mamafruta de Asura-centurix a provocar, a joder el parque, como siempre que el humo del monte le pellizcaba los pulmones:

—¿Y se puede saber para qué se está entrenando este gordo cabeza de güevo? ¿Para el campeonato mundial de Sumo?—. Asura decía «sumu», «güevu», ya ustedes saben cómo hablan los chilenos, pero a nadie le dio gracia esta vez, porque Wiscon se le echó encima y empezó a ahorcarlo con sus manos de hierro, extrañamente limpias, de uñas cortadas, y a pegarle la cabeza contra el piso de mosaicos; nos costó una bola que lo soltara, Ratael lo abrazaba por detrás y le decía «ya Wiscon, para, deja la vaina» pero sonreía el muy cabrón, como preparándose para declarar en la PTJ si es que alguna vez encon-

traban el cadáver de Asura en la selva intrincada del campus universitario. Nos costó una bola, ya les dije, pero al final lo dejó tirado, boqueando, con la cabeza sangrante. Le acercó la boca al rostro crispado, le mordió duro la oreja y luego le susurró:

—Voy a subir el Everest, cabrón. Y eso es muy difícil.

Pediatría

Creo que fue esa mañana que Manuela me estuvo hablando del corazón de los cangrejos. Estábamos en la casa de Caruao, desde la colina casi se podían tocar las plumas de los pelícanos en vuelo. La noche antes habíamos recibido la invasión de los sapos que aparecían por todos los rincones con parsimonia de hacendados borrachos y habíamos visto por primera vez, Manuela, Kranya y yo, a una mantis religiosa inmensa que vigilaba el bombillo de la cocina. Un tuqueque feliz, al que Nela llamaba salamandra, se apendejeaba en los resquicios del techo a la espera de la cena. Recuerdo que esa noche le conté a Nela un cuento sobre un sapo pirata que rescataba tesoros de niños llorones y ella movía las pestañas largas, asombrada por la valentía y la caballerosidad de esos gordos verdes y feos. Nela se fue quedando dormida, Kranya dormía a su lado con una mano en la mejilla, hablando con voz ronca sus sueños amables. Sí, fue esa mañana, cuando bajamos por el camino de la playa, que encontramos

unas conchas secas de cangrejo y Nela me preguntó dónde tenían el corazón los cangrejos. No recuerdo bien qué le respondí, pero no estuvo de acuerdo, me dijo que debajo del caparazón debía estar, que los cangrejos siempre tenían el corazón tibio, calentado por la arena, me dijo. Tomó una de las tenazas y la guardó en su tobito amarillo, quería hacerse un collar con la punta de la pinza rosada.

Todo ha ocurrido muy rápido, tampoco entiendo nada. Kranya está cada vez más flaca, las ojeras la hacen lucir más bella, más distante. Aquí hay ruido siempre, pasos, voces, pitos acompasados, llantos; los médicos no hablan mucho, parecen estar siempre cansados, como si estuvieran perdiendo la pelea y no entendieran mucho adónde se dirigen. Manuela, sin pelo y con el tapabocas (aquí todos los niños parecen de otra especie, extraterrestres extraviados en un gusano de luz) me mira con sus ojos de miel como si quisiera preguntarme algo entre jadeos. Hoy, que volví a faltar a la oficina, busqué, en el revuelo de su cuarto deshabitado, la tenaza del cangrejo que guardaba en su cajita de música, la atravesé con una cinta de cuero y se la puse en el cuello a la hora de la visita.

Infeciosas

«Estas son las pruebas que nos manda Dios» me susurró el Obispo acariciando levemente mi mano derecha, más bien, la rama seca en que se había convertido mi mano derecha.

«Debes tener fuerza, hijo, y templanza». Con ese tono de quien ha hecho un tour por el cielo y le dieron las indicaciones precisas de cómo hablarle a los condenados, a los expulsados, a quienes nada podían esperar de este tránsito llamado vida. Que cursi soy, siempre he sido cursi, debo haber nacido con unas cintas de raso azul atadas a mis manos como un querubín, cursi desde la forma de mi cuerpo, abombado en las caderas como una pera, hasta las pestañas tan largas que a madre tanto le gustaban, soy, era, el colmo de lo blando, de lo viscoso. Este tránsito llamado vida. Hay que ver, hay que ser capullo, hay que ser imbécil, hay que pasarse del temor a Dios para llamar a la vida tránsito.

—¿Por qué a mí, monseñor, por qué? —¿por queeeeeee a miiiiiiii, poooooorrrr queeeeeeee?, gemía quedamente la pera podrida en los costados.

«Hijo, hijo, sólo Dios dispone, sólo Él y sus designios, sólo Él y el plan que ha trazado para nosotros». Años de entrenar las cuerdas vocales para obligarlas al tono que sólo Paganini y nuestro Monseñor. Años de manos ocultas entre las mangas de la sotana, años de silencios y suspiros y puñaladas por la espalda de quien se le interpusiera en el ascenso a los cielos.

Ja ja ja ja. Ja. El Plan de Dios. Hostia, esa sí es buena. La escuela (el infierno en la tierra), mis queridos condiscípulos llamándome mariposón, mariquita, Santiago metiéndome la mano en el pantalón para sobar mis nalgas frías, mi padre obligándome a jugar fútbol, la primera vez que el entrenador me vio corriendo en el campo, me mando en el acto a las duchas (ah, las duchas, las duchas, pero eso vino después). Las confesiones cada semana en la iglesia desierta, su olor a moho, siempre húmeda, el sacerdote que de tan viejo descamaba como una serpiente, sus manos artríticas, su boca pastosa lamiéndome el chapulín, blanco y suave como un botón de rosa. Madre obligándome a la palabra, a la misa, a la búsqueda del perdón de Dios. Nueve años y pedir perdón, nueve años y frotarme con jabón de linaza cada noche para quitar de mis partes el olor a tabaco rancio que me había dejado la lengua del padre José Luis.

Luego, el plan de Dios. Ja. Jaja. Ja: el seminario. Las duchas, las duchas, las manos en la oscuridad, los labios, las curvas, el rechinar de dolores deliciosos, la extrema tensión de cada músculo excepto los del cuello, que se desgonzaban al sentir la cabeza del palo que me exploraba las entrañas. El plan que Dios trazó para mí con cada mamada, con cada explosión de semen en mi cara, con cada cuerpo vuelto sombra sobre sombra. El plan que llevó a cada niño a mi oficina, al confesionario, a la enfermería del Colegio, para que yo buscara en sus ojos asustados, en sus cuerpos ya rotos, algo de alivio. El plan con que Dios dispuso que un día empezara a perder peso. El plan que dejó unos planetas violeta en mi cara y en mi torso, el plan que alojó unas larvas de gusano en mi cerebro, ayer me las mostró la doctora Mata en la radiografía, se veían como unos capullos de algodón en un grabado japonés, pero eran gusanos, con un nombre misterioso, gusanos que comían mi cerebro con un hambre atroz, devorando mis recuerdos, comiéndose mi vista, masticando mis palabras, y que a veces, en el rumor de las palmeras que rozaban la ventana, me hacían escuchar algo, no sé, algo distinto que ya no importa.

Técnica quirúrgica

Me contaron, creo que fue el rata de Ratael, que el Presidente de la República había estudiado en esta misma facultad, que se había meado borracho en la estatua del Dr. Vargas que está en la entrada del Hospital, sí, esa donde está sentado todo solemne, con la mano levantada; una mañana, cortesía del rata de Ratael y el Mesíe, amaneció guindada en la mano del pobre Vargas una cartulina que decía: «Cuando la mierda llegue aquí, me paro y me voy». La que se armó, el decano estaba como loco, gritando y amenazando con expulsarnos a todos si no decíamos quién había sido, que si Vargas fue el primer Presidente civil de Venezuela (gran vaina), que si fue el primer Rector de esta Universidad (gran vaina), que fue un gran médico y científico (gran vainota). Por supuesto que ese viejo podía caerse muerto de una apoplejía en el auditorio de la facultad y nadie iba a soltar nada más que las risitas que estallaban por todos lados protegidas por la pobre luz del recinto.

—Pero no era de eso de lo que íbamos a hablar, Ratael. Decíamos, camaradas, compañeros...

—¿Y se puede saber por qué usted cada vez que habla lo hace como si estuviera en una asamblea de delegados, güevón? —me interrumpió Asura. Sinceramente, con tanto chileno bueno que asesinó Pinochet, y Asuracenturix ni se había enterado que en Chile había una dictadura, pero es que ni un día de cana pagó antes de venirse a jodernos la paciencia en este pobre rincón del trópico.

—Cállate, chileno de mierda, o te echo al Wisconsin para que termine el trabajo en tu cuello —salió en mi auxilio Ratael.

Esa era la mejor hora de la tarde en el pasillo del Anatómico, bajo la placa de Marvin, un pendejo que se resbaló justo allí y las balas de la Guardia Nacional lo dejaron tieso cuando allanaron la universidad en el 71. «A la memoria de Marvin Marín Sánchez». Eso fue lo único que quedó del pobre Marvin, eso y la flecha para encontrarnos cada tarde, las guacamayas con su rumba y nosotros a rendirle culto a la cannabis.

—Decíamos, antes de ser interrumpidos, camaradas, compañeros, pueblo universitario...

—Coño, no te pases —me atajó Ratael.

—Ok. Perdón, hermano. Lo que quería preguntar es cómo es posible que ese borracho cabrón haya

estudiado en estas mismas aulas y haya mandado a los Metros a darnos la mamá de las coñazas que nos dieron hoy —nos dieron es un decir. Nuestro amado Comité de retaguardia se replegó a las canchas de Sierra Maestra cuando la cosa se puso candela.

Ese jueves los panas encapuchados empezaron desde temprano los preparativos. Manteníamos una estructura simbiótica perfecta: ellos no se metían con nuestra vida vegetativa y nosotros les celebrábamos, desde nuestra tribuna no violenta, la justeza de sus luchas. Prepararon las piedras, las molotov, los rollos de alambre con los que soñaban algún día enlazar por el cuello a algún Metro motorizado de los que se lanzaban como Custer cuando quería joder a Caballo Loco por la entrada de Plaza Venezuela. La verdad, no recuerdo si la vaina iba por el presupuesto justo, o el pasaje estudiantil, o el comedor, la verdad, no me acuerdo. O si era por el decano de Ingeniería, que había intentado violar a una estudiante, todo se confunde en la bruma de la trona de esos días, que eran todos los días. Pero lo cierto es que nuestros panas los Capu habían acopiado piedras, miguelitos, varias cajas de cohetones aliñados, y una o dos fucas para cubrir la retirada. Los Metros, por su parte, ya habían cercado el fuerte Apache, nuestra insigne Casa de Estudios, fundada por el Libertador Simón Bolívar un día que pasaba por

aquí después de tantas guerras y tanto aguantarle vainas al lambiscón de Santander. La rutina de los Metros incluía meterse unas arepotas fritas rellenas de supuesto jamón y queso blanco que vendían en un puestico al lado de la Plaza Las Tres Gracias, medio litro de leche y un cafecito, antes de que iniciaran los combates. Los Capus, atentos a la rutina alimentaria de Los Metros, los madrugaron y metieron para nuestra amada Tierra de Nadie nueve autobuses con conductores y pasajeros incluidos, un camión de Zapatos Santa Ninfa que quemaron allí mismo, al lado de la Biblioteca Central, vaina muy curiosa que con tantos camiones quemados en ese punto ni uno solo de los libros de la Biblioteca agarró llama nunca, y se dedicaron a iniciar un purificador incendio en la sede de Toyota que quedaba al frente de la Facultad de Ciencias. Aún con la boca llena, Los Metros se vinieron con todo, lacrimógenas y rifles de perdigones, estos también aderezados con metras y tuercas, y avanzaron como si adentro estuvieran el Chacal y el Che Guevara resucitado. Lacrimógenas, perdigones a quemarropa y peinilla por ese culo, un dos tres, conformaban el menú del día y, otra vez, Andrés, se volvieron a cagar en la autonomía universitaria.

No me acuerdo si fue Ratael, o la Albina de Geo-

grafía que estaba enamorada de él, quien vino con la noticia: mataron al Wiscon.

Recabando los partes de guerra, pudimos reconstruir algunos de los hechos: a las 7:35 am Wiscon salió del comedor y ya ponía rumbo hacia el hospital a ver por cuál entrada podía colarse cuando vio un poco de humo en Las Tres Gracias y hacia allá se fue a poner su granito de arena en la contienda de esa mañana de sol radiante. Cuentan que él solo casi estrangula al conductor del camión de zapatos, cuentan que salió hacia el rincón donde más encarnizada estaba la lucha, cuentan que se acercó peligrosamente al nido de Metros, dicen que intentó levantar un matero de cemento de los que un Gobernador había puesto por toda la ciudad para el ornato de la mansión que se compró en Courchevel con la comisión que cobró por los respectivos materos; es posible que algunos Metros se aterraran al ver esa mole que intentaba arrojarles unos cincuenta kilos de concreto encima, y está escrito en el informe que el Comisario Forero, que dirigía la operación, sacó el arma de reglamento y le metió un tiro en el ojo a Wiscon.

Al final de la batalla, la bruma de los gases lacrimógenos, las manchas negras en el piso, los heridos en la emergencia del hospital, las asambleas, las jaulas de la Metro llevándose detenidos a todos

los bolsas que se atrevieron a salir por las entradas sitiadas. Y nosotros, donde Marvin, en silencio mirando la montaña que a esa hora daba miedo de lo rabiosamente violeta que estaba.

—Coño, jodieron a Wiscon —dijo Ratael.

—Sí, le dieron al pana.

—¿Sabes qué vamos a hacer? —dije suavemente— Vamos a soltar a todos los perros de técnica quirúrgica. Que se jodan esos sádicos y aprendan a operar con su madre.

Y nos fuimos al sótano del Anatómico donde estaban las jaulas de los perros, justo al lado de la piscina de cadáveres. A patadas rompimos las puertas de las jaulas, y azuzamos a los perros para que salieran. Algunos no tenían ojos, a otros ya les habían amputado una pata, los más tenían la barriga atravesada por un mapa de cicatrices, suturadas una y otra vez por los bachilleres de sexto y séptimo. Con unos palos los fuimos sacando hasta el jardín, ninguno quería moverse, se juntaban y se negaban a caminar. El Mesié le clavó una patada a uno de los que lucía más completo, así empezaron a moverse hacia la puerta Tamanaco, desde atrás se veían como el video de Michael Jackson versión perro, o como una vaina bíblica, algo así.

—Vayan, son libres —les gritó Ratael.

—Tú si eres ridículo, Ratael. Tú si eres bien im-

bécil de verdad—. Mesié estaba llorando, las lágrimas le rodaban por debajo de los Rayban —Esos hijos de puta. Esos hijos malparíos de la regrandísima puta.

—Tranquilo, Mesié —lo abracé—. Tranquilo. Cuando la tomba se esfume nos vamos al O'Gran Sol a meternos unas birras —le dije. Al fondo de la calle, los perros se habían convertido en unos puntos difusos que avanzaban lentamente hacia la noche.

EL SUEÑO DE LOS CIEGOS

Todo idioma sagrado es secreto.

OCTAVIO PAZ

Es imposible concebir una cosa tan trastornada, irregular o monstruosa que no podamos soñar

CICERÓN

Y llevas el caño a tu sien
apretando bien las muelas

CHARLY GARCÍA

El sordo, una winchester y el primer beso

Acaso la luz sea un nuevo tormento

CAVAFY

De los Rocco, Lino era el más ratón, unonoventa y el pecho como una montaña de tanto levantar pesas. De la selección de volibol del liceo, primer rebote del equipo de basque, me daba coscorriones cada vez que me veía. Tenía un hermano, Máximo, de mi edad, una mierda completa. Me encantaba cuando el viejo Rocco nos invitaba a cenar a Costa y a mí. Los ametrallaba a cachetadas, si eructaban, si pegaban los mocos en la mesa, si hablaban con la boca llena. El viejo sacaba la mano desde abajo y fuiss, aterrizaba en la mejilla de Máximo, o en Enzo, y a veces, cuando la rabia era superior a su miedo, conectaba a Lino con el puño cerrado en la costillas.

Yo le hacía los mandados a Máximo; si quería, me quitaba las barajitas del Mundial México 70 que le faltaban. Yo le decía cómprate las tuyas y él

ni una palabra, me soltaba una patada en las rodillas y así. Una mierda completa.

Cuando su mamá salía, los dejaba encerrados con llave. Costa y yo los llamábamos desde el pasillo: era un espectáculo verlos salir por la ventana y caminar, Lino luego Enzo luego Máximo, por el filito, un paso, cierre, un paso, cierre, hasta siete pasos exactos de trapecistas. Cuatro pisos y la brisa que a veces ayudaba. Yo miraba hacia abajo fijamente para ¿y si caían? no perderme nada como el día que lanzamos al gato de Carlangas en paracaídas desde la azotea, todo bien, orondo iba hasta el quinto que se soltó y fue un proyectil dejando cuatro vidas en el sitio y las patas traseras inservibles. Se volvió un cagón: nos miraba y pegaba unos gritos salvajes. Una vez agarré a Enzo de las piernas cuando ya llegaba, hice como que lo empujaba y el muy cabrón decía: dale, dale. Lo solté asustado y él aprovechó para lanzarse sobre mí: un diente menos, la rodilla en la boca del estómago el coño de tu madre y luego vino Máximo porque también era su mamá y entonces de nuevo la rodilla pero ahora en las bolas.

Un aire dejó bizco a Máximo en el terremoto del sesentaysiete y el ojo se le iba más adentro cuando planeaba una maldad, como si quisiera verla dentro de la cabeza antes de que saliera. El día que me dijo que fuéramos a la casa de en frente estaba más biz-

co que nunca. Allí murió la vieja Salazar; que fumaba tabaco y echaba unos gargajos negros como un uyuyuy desintegrado. Allí se la pasaban Lino y sus amigos metiéndose cachos de marihuana y jamoneándose a las jevas. Allí salían ruidos y humo por las noches. Allí cagaban los borrachos. Allí, cuenta Costa, encontraron muerta a Rita, su hermana, derretida por dentro porque se bebió un frasco de limpiador de pocetas Mas. Era linda Rita, bonitos los ojos, asustados como el mar. Casi me rajo pero estaba Costa mirándome con nosequé en la cara y dije pero entras tú primero y me llevo mi winchester. Máximo intentó ganarse el Winchester a cabezazos pero yo le negocié mi espada y la capa del zorro, así aceptó: al rato me prestas el rifle y yo está bien sabiendo que cuando se lo diera no me lo iba a devolver y otra vez qué pena mi mamá en la noche tocándole la puerta a la señora Rosa que su niño se volvió a quedar con los juguetes de Fernando.

Entrar con cuidado de piel roja. Costa abrió los ojazos como un lechuzo cuando pegó el olor a mierda que sudaban las paredes. Máximo iba delante, escupió sobre los huesos y pelos que quedaban de un perro muerto y dijo, los ojos más o menos fijos en mí: quien esté cagado que se vaya. Yo me senté sobre un ladrillo pensado seguro piso una plasta y este hijodeputa se va a reír de mí y también Costa

se va a reír y se lo van a contar a todos, se van a reír en el patio del colegio cuando estemos cantando el himno, se va reír la vieja del quiosco que me fía los suplementos, se va a reír hasta mi papá cuando regrese y eso si regresa.

—Ahora, cada quien cuenta una historia —dijo Máximo, sobrado frente a Costa.

Yo me sé una de cangrejos una noche en Tucacas, me sé la del avión que se estrelló ayer en Colombia, me sé una de mujeres que van al liceo sin pantale-tas, me sé una de niños que se acuestan y amanecen convertidos en cucarachas cómo tú. Máximo, que una noche vas dormir dormidito con las piernas de Máximo y los brazos de Máximo y el pelo liso y brillante mugriento y los ojos que no se van a ver bizcos porque vas a estar dormido y cuando des-piertes vas a ser marrón y duro, igual al volvagen de mi padre pero chiquito, sucio como esa T, como esa Q, como esa J pintadas allí por alguien ¿antes? de que Rita dejara su silencio doblado entre las pare-des.

—No quiero —dije.

—Entonces —se vino cerca, habló en mi oído— vamos a cogernos a Costa.

—Y cómo se hace?

—Con esto —y sacó una paleta de helado afilada como un cuchillo—, se la metemos por allí y le da-

mos hasta que nos salga un taco de leche —lo dibujó en el aire, grande y perfecto por sus lados iguales.

—¿Y si no quiere?

—¿Tú eres güevón? Dile que cague aquí frente a nosotros.

—¿Y para qué?

—¿Y para queeé? Para que se nos pare, ¿para queeé más?

—Costa, haz pupú.

Costa que toma con los dedos gordos el short y las pantaletas a una y los baja en un movimiento de bailarina, las nalgas lechosas de Costa alumbrando como un nuevo sol que derrotaba la luz sucia de la ventana, los ojos inmensos que miraban el cuerpo de su hermana, el gesto de sabia: los codos en los muslos y las manos haciendo reposar a la barbilla; algo oscuro y suave se adivinaba al final del camino que empezaba en sus rodillas, y se iba achicando: el ojo, húmedo, de una cerradura.

—No tengo ganas —dijo Costa.

—¿Y ahora?

Ahora Máximo, sin pantalón, que se lanza sobre Costa y la ahoga con las manos, Máximo decidido que la arrastra hacia el piso y le abre las piernas con las suyas, la paleta de helado que se pierde entre las piernas de Costa y penetra, sangre en la madera,

Máximo que no siente el cañón del rifle tapándole las orejas.

—Máximo —le canté— suéltala.

Sonrió. Exploró un poco más con la paleta. Yo apreté el gatillo suavemente. Por un momento, miré el polvo que se levantó del suelo: flotaron, en el aire, miles de pececitos. Máximo cayó de lado, acurrucado como un caracol; un líquido verde salía entre los dedos que se llevó a la cabeza. No lloraba, abría y cerraba la boca; yo tomé a Costa de la mano, le dije vístete. Salimos de la casa.

Caminamos un rato por la parte de atrás del edificio. Ella, en silencio, miraba las hojas caídas de los árboles. Pregunté:

—¿Y qué? ¿Te cogió?

Me detuvo cerca, cerquita, de su aliento. La tarde toda se volvió su cara, redonda como la luna de los cuentos. No cerré los ojos. Ella chupó mis labios, mordió un poco mi lengua. Salió corriendo.

Con mi winchester al hombro caminé con pasos de viejo hacia el parque, a esperar la noche —fugitivo ya— bajo el árbol grande donde viven los murciélagos.

Crece en los árboles

El hombre se asomó por la ventana y había un niño colgado de la rama más alta de la mata de mango. Tendrá unos pocos meses, vestía lindo mono azul, babero blanco y desesperaba por liberar una mano atrapada entre las hojas como lanzas. Miraba hacia arriba y fruncía los labios, unas arrugitas graciosas en su piel de durazno. El sol golpeaba con fuerza y el hombre pensó que era una lástima que el niño se encontrara tan alto, desguarnecido. Creyó recordar a la madre como una de esas universitarias depresivas, de pelo corto y cuello largo y flexible de cisne, que se encontraba de vez en cuando en el ascensor y le lanzaba mirandas ora de desdén, ora de extraña complacencia. «Madre soltera», se dijo e imaginó un apartamento mínimo, un solo ambiente más pasillo cocina y fregadero pero baño en su sitio a Dios gracias por más que ella se creyera parisina por los pocos metros cuadrados disponibles pero tan cerca del Ávila. Boxesprin en el suelo, libro de Kundera, compasivo y ácido como un padre tanta música ne-

gra, palabras entrecordadas ¿gemidos? desde la vista aérea que le proporcionaría cuando descendiera sabiamente hasta su entrepierna por supuesto a desatarle el cierre y buscar con manos ávidas y secas carne palpitante una roja cabeza perlada por una levísima película de sudor ya que el hombre ereccionaba cuando el niño que gira graciosamente y es un pez en una nasa, casi un ave torpe y prehistórica, sólo la cabecita redonda y reluciente, los escasos pelos que a cualquiera despertarían ternura pero para él un pichón en extraño nido la ayudo a subir las bolsas del mercado se cuele por el café o el vaso de agua opinión sobre la última huelga de profesores y exposiciones en el Celarg dejar caer como una bambalina la beca en Alemania comentario amable sobre los amigos y jocoso sobre las monumentales tetas que allá dejó y si se ofende no parece con esa blusa que enseña el perfil levitante de unos pechos pequeños cuando se inclina para alcanzar las tazas y ¿tú médico? no, psiquiatra ambos ríen y el niño va en serio hacia abajo rápido que cae y él se lanza a salvarlo sin capa roja ni ridícula S en el pecho si lo alcanzo antes de quién lo diría no dejó nada, ni una nota, tan amable, risueño era, así son los suicidas, yo conocí a alguien que

La comida china

*When you are sad and lonely
and have no place to go.*

HANK WILLIAMS

—Despiértate, mariquito.

Le costó abrir los ojos. Sintió el cuerpo arrugado, un dolor en el cuello, la espalda. Miró sus pies, le faltaba una media; las uñas, largas, se doblaban sobre sí mismas, como una lumpia. Le dio risa. Como una lumpia.

—¿Qué tal?

—Levántate. Vamos a comprar mierda.

Se dirigió al baño lentamente, la boca llena de arena. Buscó saliva en los labios. Miró su rostro en el espejo. Los ojos, dos puntos rojos, legañosos. Una momia.

—Estabas perdido.

—¿Y qué hiciste anoche?, le preguntó el tío.

Un pinchazo. Todos respiraban sobre él. La inyectadora se llenó de sangre. Al final, la mujer ya

no gritaba tanto: gemía suavemente. Olor a vómito. No, no, no.

—¿Qué?

—¿Qué hiciste anoche?

—No me acuerdo. Estaba perdido.

—Me llevé dos carajitas para la playa. Estudiantes de Arte. Me las cogí a las dos. Parecía una montaña rusa. Tetas por todos lados. Insaciables. Me dejaron seco y seguían, chupándose la cuchara.

Mentía. Ya Magda le había contado. Hice lo que pude. Me negué varias veces. No perdía oportunidad para decirme, Pancho, que a ti no te importaba. Que sólo quería montarme una vez. Pensé por qué no y sin darme cuenta ya estaba ensartada. No sé qué paso. Acabó ahí mismo, casi me lo metió. Pobre, tu tío, le dio pena. Es la coca, me dijo. No lo quiero ver más.

—A Santa Mónica, juerte —imitando un acento nicaragüense que no le salió.

Se dejó la misma ropa y bajó a buscar el carro. La conserje limpiaba el piso. Olor a lavansán: el agua jabonosa haciendo olas en el piso. Buenos días. La vieja no le respondió. Fregaba el piso y resoplaba, pero no levantó la cabeza. Un pájaro marrón, de cola larga, lo miraba desde el techo del carro. Piurripí, piurripí, lo llamó. El pájaro retrocedió unos pasos. Voló hacia el Guaire.

—Ahora vais a ver qué buen perico. Le gustaba

cuando el tío hablaba así, como un viejito. Sonrió. Pensaba en Magda.

La conoció en la Universidad. Las reuniones del grupo. Horas planeando las manifestaciones, preparando las molotov. Magda abría los ojazos: unas aceitunas. Movía el pelo rubio, llevaba al desgano pañuelo de seda, un bluyín roto, camisas que transparentaban las tetas pequeñas. El coordinador decía hay que tener cuidado con ésa, una burguesita, y fijaba la mirada dolorosa en su cintura magnífica. A ti te alimentaron con compota, compañera: así la había abordado. Las cervezas en O' Gran Sol. Magda no bailaba salsa, se encantaba de verlo bailar con las putas del bar. La fue enamorando de a poco, con pausas de ajedrecista. El primer polvo. La cama sucia del hotel. Un chicle pegado al escaparate. Tres veces se asombró por sus explosiones: la húmeda determinación de volverse hoja, piedra de río. D a m e p o r e l c u l o. Casi acaba mientras lo ensalivaba. Un pelito ensortijado asomaba entre sus nalgas. Cuando lo sacó, vio la cabeza oscurecida de su palo. El olor a tierra del jardín de su abuela, las lombrices entre los rosales.

—No te comas la luz.

Bajó por la colina sin prestar atención al gemido del motor. Su vecino compraba el periódico en un quiosco. Las calles estaban sucias, como siem-

pre. En la pared blanca de la morgue, escrita, una promesa de amor. Pensó: allí dentro, en el piso, los cadáveres yacen, uno sobre otro. Aceleró en la curva, descendió entre árboles y edificios. Una extraña calma. Resignado, se sumergió en el ruido de la avenida. Un fiscal levantaba y bajaba las manos con desesperación. Sudaba. Luchó contra el deseo de echarle el carro encima, le pasó a un lado, tan cerca que creyó ver miedo en el rostro del espantapájaros. Las doce del mediodía. Al norte, el cerro era una ola cuajada en tierra, una amenaza de desgajarse sobre la ciudad.

—Es lo único que nos queda.

—¿Qué?

—El cerro, es lo que nos queda.

—Lo que faltaba, no vas a llorar justo ahora.

Hace tiempo. Acostado, intentaba aserrar los barrotes de madera de la cama. Tenía fiebre, las paredes se estiraban y recogían como un acordeón. El vértigo. Su mamá había dejado té y aspirinas. Se había librado de un día de escuela, pero, a cambio, las burbujas en la boca que le impedían comer. Tenía sed, la eludió pensando en lo lejos que estaba la nevera de su cuarto. Escuchó el crujido exacto de la cerradura. Alguien entraba. Pasos largos: ¿su papá? ¿Cuánto tiempo que no le veía? Era el tío. Le trajo unas llaves inmensas de plástico: una azul, una

verde, una roja, una violeta, una gris, una negra, engarzadas en un aro blanco. Toma, para que abras las puertas. Unas llaves. Bellas, únicas, y él ¿qué era? El guardián del Castillo del If, celador de la desgracia de Edmundo Dantés. Un esposo que llega a casa cansado de la oficina. El propietario de un Maserati rojo. Guardó las llaves, con cuidado, bajo la almohada. ¿Viste hoy El Zorro? Aparece un personaje nuevo, el indio Pablo, un hijo de puta. Fino con el cuchillo. No sé cómo va a hacer El Zorro con éste, no juega limpio, lo mira y le dice: el zurrooo y se le echa encima. Se robó el cáliz de la iglesia. Culpa del cabrón del cura, lo aceptó de ayudante, y eso que la cara del indio no engañaba. Medio maricón el cura, con la barbita blanca y la batola.

Al pasar la arepera, cruzó a la izquierda, atravesó el río por la vía que va hacia la universidad y buscó estacionamiento en una obra en construcción.

El tío dijo: espera aquí, ya vengo. Bajó del carro y caminó decidido hacia el boquete oscuro que bordeaba el río. La luz del mediodía hacía del túnel y las casas que se adivinaban en su interior algo ajeno, de otro mundo. Una mancha.

Pancho encendió la radio. Satisfaction. Rolling Stones. Subió el volumen. Un hombre corría ¿a quién perseguía? ¿Huía? ¿Intentaba tomar un autobús? Un gato esperaba, paciente, la emergencia de

su presa desde la alcantarilla. Un policía comía una arepa, la mayonesa, gris, chorreaba por los dedos. Su tío se acercaba al túnel: Barrio los Chaguaramos, fundado en 1959.

Yo quisiera que estuvieras aquí, a mi lado, que la palabra siempre fuera una certeza, que la nuestra sea una historia feliz y no historia a secas. Quisiera que aún gozaras con mis chistes y no los detuvieras con esa mueca de hastío, que los cuentos de hadas existieran al menos por esta vez. Quisiera despertar en las mañanas sin sentir a la cama de enemiga, registrar los distintos tonos de tus pezones cuando la luz se tiende oblicua y derrotada sobre ellos, beberme el sabor marino de tu vulva, reivindicar la risa con que explotas sobre mí o explotabas, da igual. Yo quisiera ganar una, ganar ésta, abandonar el templo tal como las serpientes desechan la piel, pedir perdón, mirarme perdonado en tus ojos, saberme aún amansador de tus hombros, dueño y protector de tus muslos dorados. Magda, Magda, cabra, nube, Magda, no me dejes solo en este grito.

Ya es tarde, yaestarde, yaes tarde.

Sintió que un rumor de piedras chocando recorría su abdomen. Abrió la guantera. Sacó la pistola, una Glock negra, diecisiete tiros nueve milímetros. Apuntó hacia un hombre que estaba a punto de ser tragado por el hueco negro.

—Adiós, tío. Las lágrimas cambiaban el tamaño

de las cosas. Tragó todo el aire que pudo, exigió tensión y quietud a sus pulmones.

Disparó en el último instante; la bala se perdió en el caos que era, a esa hora, la ciudad. Miró a su alrededor. Casi nada había cambiando: el gato, feliz, despanzurraba una lagartija. Esperó un tiempo, el locutor anunciaba un concurso, luego ponía Honky Tonkyn. The the. El tío salió del túnel como un cristo que camina sobre la mierda. Se acercó a él haciendo muecas. Entró al carro.

—Dos gramos. ¿Vamos a mi casa o nos la metemos aquí mismo?

—Casi te mato.

—¿Y qué? ¿Te cagaste?

—Sí.

—Macaco bonito —pellizcándole la mejilla.

Caminar por el medio de una autopista. Cientos de kilómetro sin cansarme. Adivinar el destino de los autos que pasen a mi lado. Despegar en un avión y aterrizar de emergencia en una plaza. Levantar los brazos magníficos y sobrevolar el continente. Un cóndor, un águila con una serpiente en la boca. El anuncio de la agencia de viajes: Orlando dos noches tres días US 200. Un trabajo de ascensorista. Dicen que en el sur los ríos son negros como coca-cola y las islas desaparecen en el invierno borradas por las aguas. Tegucigalpa ¿cómo será una ciudad

que se llame así? Tegucigalpa. Debí haber enterrado aquella lata con las metras. Eliminar el domingo de los calendarios. ¿Por qué serán tan enanos los yanomamis?

—¿Aló, aló Pancho? —golpeándole la cabeza—
¿aquí o en mi casa?

—Mejor vamos al Kou San. A echarnos un palo y mirar los pececitos.

La fiesta de las larvas

El Pecas odiaba viajar en autobús. Desde los trámites engorrosos en el terminal, todo le parecía una cadena humillante, una explosión de vergüenza: las putas pintarrajeadas, los guardias empujando, los insultos de los conductores, el humo, el humo, el humo, los borrachos renegridos tirados en el andén, entre charcos de un lodo pastoso hecho de grasa de motor acumulada por años. Por más pequeño burgués que le pareciera a sus ex camaradas, se prometió nunca más viajar en esas latas de mierda. «Estamos haciendo la revolución para que todos vivamos dignamente, libres y dignos» pensó y guardó la frase, que le había quedado redondita, para una próxima reunión con los hijos de puta que lo habían expulsado de la organización sólo porque había pedido una misión diferente, ya estaba harto de servir de cabrón del secretario general, harto de parar maridos celosos con el poder disuasorio de una nueve milímetros clavada en sus narices, harto de hacerse la paja en la habitación de al lado mien-

tras escuchaba los jadeos de su jefe catando la sopa caliente de las cuquitas abiertas de las compañeras.

Logró montarse en un autobús con nombre extraño al frente, soportó con estoicismo el olor a sudor y a fritanga que entraba por las ventanas y buscó un asiento sin niños ni reclutas cerca. El chofer tenía pinta de fascista, o a lo mejor era que para el Pecas todo panzón con bigotes chorreados era fascista hasta que se demostrara lo contrario. Dos horas después de lo que le dijo el colector, el aparato arrancó, tosiendo. Pecas sentía una emoción como hacia tiempo que no, un picor que le subía por el pecho, como el día que cumplió once años y le regalaron su primer reloj, un Soligar de cuerdas, con un tictac ruidoso como si llevara una bomba dentro, ochenta bolos en la tienda de los chinos de la avenida veinte. Veinticuatro años y tanta decepción, militante en el movimiento juvenil de la organización desde los catorce, los estudios de medicina abandonados en el primer semestre porque lo habían mandado de refuerzo al sur, dónde habría de nacer la revolución obrera y campesina. Ni un solo obrero o campesino había sabido del hambre del Pecas en esos días, de la revisión minuciosa de los cubos de basura de los restaurantes para aplacar el estómago estragado, del peso de las tardes en que se paraba en los portales de las fábricas para arengar a

las masas que salían cansadas de sus trabajos. Hombres ciegos, aturdidos por el calor de los grandes hornos. El secretario general le puso el ojo al Pecas en un viaje clandestino en que le sirvió de enlace. Le gustó su silencio, su andar de pelirrojo tranquilo, la chaqueta de pana que no se quitaba nunca. Desde entonces se lo llevó de chofer, de guardaespaldas, de mayordomo.

—¿Quieres refresco? —Era gruesa, de labios vulgares, tenía el pelo sucio. Intento inútil de ponerle conversación, de motivarlo con sus escasos recursos, la sonrisa que podría suavizar su rostro si no tuviera los ojos tan separados. El Pecas clavaba la mirada en los valles que atravesaban, largos galpones de fábricas recortados frente a montañas violetas.

—¿Eres de Caracas? —El Pecas pensó mandarla al carajo, preguntarle qué coño te importa, tirarse un peo, pero lo detuvo el tono de voz ronca que por momentos se hacía gangosa, de niña. Como la voz de Elisa, delgada, con téticas pequeñas, limones, limoncitos, naranjas chinas, le decía él mientras las besaba, mientras buscaba concienzudo cubrir toda esa piel suave, acariciada por años de cremas humectantes, de protectores solares. Elisa sonreída en los pasillos de la facultad, el largo cabello que se enroscaba en sus dedos mientras se contaban las vidas en la Tierra de Nadie, su rincón amable, el único

que al final les quedó. Elisa que desabrochaba con ternura su pantalón y le decía que quería tenerlo un poquito en la boca, que lo liberaba con un conocimiento de siglos y comenzaba golosa a cubrirlo de besos húmedos y luego pasaba a engullirlo, a meterlo más en su boca y más hasta la garganta y ambos asombrados por la ausencia de reflejo nauseoso. Después los gemidos suaves cuando la penetraba, los ojos bien abiertos, las dos manos crispadas en su rostro, morderse los brazos buscando el hueso, su disposición de escolar aplicada, el afán exploratorio y el grito, el anuncio de no poder más, no poder más hasta que los dientes se refugiaban en el cuello del Pecas, agradecida.

La gorda se fue durmiendo en su hombro, llegaron a la costa cuando la luz del mediodía paralizaba a las lagartijas que miraban la carretera desde las piedras iridiscentes de la orilla, el mar era un recuerdo de mejores tiempos, la refinería era un monstruo de metal, una película futurista. Siguieron hasta que el paisaje tomó el tono oscuro de los bosques, llegaron a San Felipe. El sol, sin reconocer su derrota, arrancaba brillos rosados a las hojas de grandes árboles que estallaban por todos lados, produciendo una sensación de campamento minero, de poblado transitorio, a la capital de estado. En un bar cercano al terminal ya lo esperaba el flaco Prada, desertor

como él, recostado sobre un muro, la mirada atenta tras los lentes de carey. El Pecas había decidido tirar la parada cuando lo abordaron en la universidad. Execrado de la organización, acusado de soplón y varias desviaciones más, era un leproso al que nadie acompañaba en las mesas de los cafetines. Pero ya verían, reagrupamiento de las guerrillas le dijeron. Frente en tres polos del país, él en Occidente, les vamos a meter un cohete en el culo a todos esos revolucionarios enconchados en el Este de Caracas y de mitin en la Universidad Central. Elisa vestida de blanco en el apartamento de la playa de sus padres, el pelo húmedo y el bronceado que borraba sus ojeras, Elisa de cejas y mirada luminosa cuando el Pecas despertaba gritando cada noche, que lo arrulla, lo besa, besa sus ojos, besa su pecho agitado, le sopla quedo su amor, la caricia que lo obliga a un sueño tranquilo.

—Subimos en la madrugada, Carlos. Hotel Te-repaima, ya pagué el cuarto.

—¿Cuántos vamos a ser?

— Mejor si no preguntas —y salió del bar con andar encorvado de revolucionario nuevo.

Pecas durmió mal esa noche. Soñó que estaba en una litera en la casa de su tío en Tucacas, tenía calor y sed, la boca seca, el sonido del mar como si algo quisiera decirle, abría los ojos y cientos, miles

de cangrejos que le apuntaban con sus antenas, moviéndolas a un lado y otro, rastrillando el piso con las tenazas. El cangrejo más grande se parecía al que había quedado en la mañana bajo las ruedas del carro, aplastado contra el piso, el cuerpo reventado como una porcelana rota. Algo le reprochaba y su tía, mucho más vieja, le decía ese es tuyo, llévatelo a Caracas en una caja de zapatos y el Pecas despertaba con ganas de explicar que él no estaba manejando, que no era su culpa.

Aún estaba oscuro cuando comenzaron a subir el cerro; los rezagados de los grupos que venían a examinarse, a dejar gente marcada, a obligar a volver a los amores, bajaban con los ojos inyectados, oliendo a cocuy y a pólvora y dejando un reguero de velas encendidas y conchas de limón en las riberas de las quebradas. El Pecas tenía frío y el barro se le metía en los zapatos, que pena traer esos mocasines para esta montaña, seguro que lo iban a criticar después pero pensó que el último regalo de Elisa sólo podía traerle suerte. Cuando llegaron al claro se impresionó de ver tanta gente, todos jóvenes, algunos sonriendo, otros con el ceño fruncido, la vanguardia revolucionaria que no podía ocultar el miedo que le producía la montaña donde viven los espíritus.

Fueron horas organizando la agenda, levantando planes de acción, estableciendo posiciones y distan-

cias con los aliados extranjeros, manejando medios para obtener finanzas. Cuando sonó el primer tiro se habían retardado en la elección del Comité Político Militar. Y luego un eco profundo que partió en dos un arbusto al lado del Pecas.

—Creo —el chirrido de las palabras contra los dientes apretados— me cagué los pantalones. No tuvo tiempo de pensar en nada, sólo la vergüenza por el olor inconfundible de la mierda fresca que empezaba a subir, la sensación pastosa y fría del bluyín manchado contra su culo, el deseo ferviente de que en ese lugar no hubiera moscas. Después ruido. Una campanita en el cerebro. Un pedazo de cielo entre las ramas de los árboles.

López esperaba en la última mesa del bar de carretera, bebiéndose una cerveza lentamente. Alto y fuerte, con barba canosa, parecía uno de esos tíos complacientes que llevan a los sobrinos al cine todos los domingos. Miró entrar a Smith, su lugar-teniente, un negro inmenso que cuidaba un bigote ridículo.

Smith se sentó, cubierto de polvo, y esperó la pregunta:

—¿Bajas?

—Todos. Los setenta y cinco.

—¿Y de los nuestros?

—Ninguno. Uno. A un tal cabo Flores, de la

Guardia, un comando tuyo le voló un brazo con un tiro de Fal.

—El mocho Flores —López gustaba de esas bromas, que quede siempre constancia de su dureza, que todos sepan que para llevárselo a él por delante había que traer bolas de repuestos.

—Bonita operación —dijo Smith con media sonrisa.

—Acabamos con un nuevo brote guerrillero, y en plenos ochenta, habrase visto.

—Eso déjalo para la rueda de prensa del ministro. Los reagrupamos nosotros, los convocamos aquí nosotros y los muy pendejos ni vieron el hoyo de la fosa común.

—Eran larvas de comunistas entonces, los acabamos antes de nacer.

—Coño, López, te pareces al Dr. Sabín, descubridor de la vacuna contra el polio. Entonces todo fue por profilaxis.

—Y porque los reales llegan cuando se chorrean los gobiernos.

Siguieron bebiendo hasta llenar la mesa de botellas marrones, atentos al rumor de la noche que bajaba de la montaña, extasiados con los escarabajos que estrellaban, con un golpe seco, su vuelo metálico contra las luces de neón.

Dime cuánto ríos son hechos de tus lágrimas

*Esto se acabó, vida, la ilusión se fue, vieja
y el tiempo es mi enemigo.*

RUBÉN BLADES

I

Al negro Smith le encantaba atravesar la universidad en las mañanas camino del trabajo. Sentía, al contacto de la 357 en la espalda, que violaba la autonomía universitaria, las consigas que envejecían en las paredes. Con la fuerza de su mirada lograba hacer descender hasta los tobillos los bluyines de las delicadas niñas que con el pelo aún húmedo corrían hacia los edificios de las aulas. Rió fascinado con la imagen de decenas de pantaleticas aleteando como mariposas por los jardines de la UCV. El templo del saber, pensó con rabia, mientras mostraba los dientes a una flaca espigada, con ojos asustados de gacela. Euclides Smith continuó su camino, orgulloso de su estatura y del andar reposado de sus piernas poderosas. «Desconfía de las mujeres senta-

das» recordó las palabras de Proto, su padre, cuando retardó los ojos en una morena que sobre un banco, miraba al frente sin esperar nada.

—Un sabio, el viejo Proto.

También a él le gustaba dar consejos, ser escuchado por la gente, decir frases ingeniosas en los bares: un psiquiatra, un curador de almas.

Desayunó como cada día en una mínima arepera de Las Tres Gracias, una empanada de carne, una malta, un marrón pequeño. Suspiró al mirar la grasa de la masa aguada que se pegaba del papel. «Otro día de mierda», sentenció. Limpió con cuidado el bigote delgado, pagó e hizo un gesto vago a la portuguesa detrás del mostrador. Caminó las dos cuadras que lo separaba de su oficina, un edificio viejo, Pérez Jiménez era una verga, dos pisos por las escaleras anchas, de granito verde. Abrió la reja, la puerta en la que siempre se atascaba la llave y sintió alivio al notar que la sala oscura aún permanecía vacía. Un escritorio, tres sillas unidas por las patas, una puerta gris que daba al «rincón de la verdad», como llamaba Smith al cuarto de interrogatorios, una ventana amplia: ringside para ver a los encapuchados de la universidad quemando camiones y tirando piedras. «Desde aquí no los pelo con un dosveintidos» pensó guiñando un ojo cuando repi-

có el teléfono. Una vez, dos, tres, cuatro, cinco, hasta que alargó la mano lentamente y atendió.

—¿Sí?

—Hola, Proteo.

—Me llamo Euclides ¿Qué tienes?

—Mujer blanca, veinticinco años, fenecida el sábado entre las once de la noche y las dos de la madrugada. Fue encontrada en las riberas del Guaire ayer en la tarde, bajo el elevado que pasa sobre el estadio.

—¿Violada? —Smith pensaba en el lenguaje poético que siempre usaba el Dr. Miguel Delibes cuando hablaba con él. «Fenecida»; lo imaginó frunciendo los labios con su barbita corta y los lentes sin montura.

—No seas morbosos, negro, su cuerpo no fue hollado por el semen del asesino.

—¿Causa de la muerte?

—Estrangulada, con un objeto elástico, creo. Presentó hemorragia intracraneal, probablemente al ser golpeada con una piedra, o el pavimento. ¿Por qué no te vienes y haces tu trabajo en vez de estar preguntando pendejadas por el teléfono como una negrita remilgada?

«Remilgada». —Es el colmo —pensó Smith. Desde la ventana de su oficina, los hombres y mujeres que entraban y salían de la estación del Me-

tro parecían hormigas cansadas. Smith detestaba el transporte público, lo consideraba promiscuo, bajo.

La sede de la morgue se encontraba en un sótano al que se accedía por una rampa que terminaba en dos puertas pintadas de azul. Un letrero con grandes letras blancas: NO PASE si no está autorizado. La eterna antesala de madres llorosas reclamando sus muertos. «Aquí se hunde un Titanic cada sábado», pensó Smith. Entró al galpón que siempre le pareció un sitio ideal para hacer fiestas clandestinas. Contra una pared dos urnas metálicas, oxidadas, olvidadas por todos. Caminó con cuidado para no pisar los charcos de sangre y llegó hasta una superficie de madera donde yacían cinco cadáveres desnudos, una etiqueta colgada de sus pies los convertía en material de archivo. Sabía que, desde algún rincón, Delibes lo acechaba. Reprimió el gesto de asco que luchada por salirle desde muy hondo. El olor dulce, indefinible, que explotaba por todos lados. «Dios mío, la empanada: dios mío, la malta».

—Por aquí, negro lindo—. Miguel Delibes, alto de grueso pelo negro cuidadosamente peinado hacia atrás, bata impecable, pantalones de rayas y corbata de flores violeta, le hacía un gesto con el dedo índice desde la oscuridad de un cuartito que tenía escrito en la puerta, casi con burla: Sala de Autopsias.

—Hola, Delibes —tono oficial, los dientes blanquísimos.

En la mesa que los separaba, el silencio humillado del cuerpo sin vida de una mujer. Aunque hinchada y con tintes violáceos en el abdomen, aún conservaba algo de juventud: el caballo rubio, los tobillos no corrompidos, el anillo de plata en su mano. El aro cianótico que le atravesaba el cuello parecía una extraña joya. Tenía las rodillas flexionadas, muy juntas, como si estuviera dispuesta a patear con fuerza a quien se le acercara.

—De buena familia —dijo Smith.

—No me canso de afirmar, Proteo, que tus jefes no hacen justicia a tus habilidades, la preclara inteligencia que te ha llevado a resolver dos casos en todos los años de tu dilatada carrera.

—No soy yo quien nombra los jueces de este país.

—Claro, Proteo, otra víctima del sistema, y negra además. ¿Has considerado escribir a Amnistía Internacional?

—Me llamo Euclides ¿Quién es?

—Ana Isabel Carvallo, hija de Tato Carvallo, fabricante de botas industriales, militares, etcétera, etcétera.

—¿Y qué hacía esa niña tan cerca del Guaire?

—Bien pensado. No fue llevada allí por la fuerza, los signos de violencia no parecen tener que ver con

traslado alguno. De huellas dactilares, nada. Ras-
tros de piel en las uñas, menos. Aparentemente se
dirigió a su destino por propia voluntad y encontró
a la parca agazapada entre los bejucos y el río de
mierda.

—Delibes, a veces me cansas.

—Acepto que me envidies, Proteo. Es más, lo
entiendo. Parece que esta fue vista últimamente
en un parque de Los Chaguaramos, es decir, en los
predios de nuestro común amigo Juan de Dios Se-
gundo.

—¿«Jack The Ripper»?

—Ese acento británico, Euclides.

—El viejo Proto, un sabio, siempre desconfió de
los nombres bíblicos. «Algo esconden, Euclides, y
desde hace cinco mil años» decía. Por eso me puso
nombre de gentiles. Extendió su mano hacia el ca-
dáver; preocupado de que no se le viera la mancha
de desodorante de la camisa: ¿Allí, que tiene?

Entre las mamas, ya desdibujadas, un punto vio-
leta parecía algo fuera de lugar, un planeta perdido.

—Le clavaron esto, absolutamente equidistante
de las dos tetas. Sacó del bolsillo de la bata un ob-
jeto de metal y lo entregó a Smith: una medalla
en forma de estrella, atada con una cinta tricolor.
Smith la volteo. El reverso decía, en relieve: «Honor
al Mérito».

—Me huele a perversión, a alguien se le fue la mano en la búsqueda del placer, Miguel.

Se despidió con una palmada de Delibes, y salió con paso de pantera hambrienta por la puerta de personal, más discreta. En el muro blanco frente a la morgue un perrocalentero que lo conocía le sirvió sin preguntar un emparedado a su gusto: pan, salchicha y papitas, sin salsas, ni cebolla.

II

Smith decidió caminar hasta la oficina. Encendió el primer panatela del día, un Montecristo. Un gusto caro, regalo de un amigo de la Embajada cubana. Buscó un teléfono público que funcionara, llamó a su secretaria y giró instrucciones. Treinta cuabras hasta la oficina. Se demoró complacido en un sendero con edificios residenciales a cada lado, extrañamente en silencio a esa hora del día. El cerro brillaba como hecho del papel lustrillo, siempre lo sentía como un acompañante silencioso, un monstruo benévolo, comprensivo.

Llegó a su oficina en cuarenta minutos. Señaló a su secretaria el cuarto de interrogatorios y ella afirmó en silencio. Smith abrió la puerta y se mantuvo bajo el marco unos segundos, conocedor de la im-

presión que producían sus cientocuatro kilos distribuidos armónicamente en uno noventa de estatura.

—Hola, Juanico.

Juan de Dios Segundo era bajo, delgado, nervioso. Sentado en el centro de la habitación parecía un diablo menor cumpliendo una tarea. Calvo, bien afeitado, grandes ojeras cultivadas por un insomnio perenne. Vestía camisa de seda roja, bluyín de buena marca y cazadora mostaza.

—Buenos días, comisario.

—Olvidas que ya no soy comisario.

—Espero que haya sanado esa herida.

—Aún no, o a lo mejor sí, pero ese no es tu problema. Y hablando de problemas, apareció una joven muerta. En el Guaire. Dicen que tú la conocías.

—¿Sí? ¿Y quién dice? —una mueca casi imperceptible de burla.

—Se llamaba Ana Carvallo.

—Bella muchacha. De pechos suaves. Multiorgásmica.

Con ahorro extremo de movimientos, Smith caminó hacia Segundo y como de rutina le clavó la punta del zapato en el plexo solar. El hombre cayó hacia atrás, enredado con la silla y la falta de aire. En el piso, pataleaba como una cucaracha boca arriba. Smith caminó hacia la ventana.

—Tu vida sexual no me interesa, Juan de Dios.

No te la des de gran hombre conmigo que nos conocemos hace años: a ti no hay cartel que te proteja ni cárcel de máxima seguridad que te espere. Lo tuyo es Retén de Catia, Hotel Las Flores, pues. ¿Recuerdas a Brazoeniño, tu amor eterno compañero de celda? ¿Su palo de treinta y tres centímetros alisándote los pliegues por detrás?

El hombre se levantó penosamente. Con un resto de dignidad acomodó la silla y se sentó, la mano en el abdomen. Smith encendió un panatela.

—La habré visto cuatro veces, máximo. Iba por mi zona algunos fines de semana, un poco de cocaína para sus fiestecitas, monte, frecuentaba bares de ambiente, las cosas buenas de la vida que jamás le mostraron sus padres. De repente ya no tenía tanto dinero como al principio y pagaba en especies.

—¿Siempre sola?

—En un Mustang convertible del sesenta y cinco. Rojo: una belleza. A veces con amiguitos, compañeros de la Universidad, supongo. Iba mucho al parque donde trabajo, pero a mí me buscaba los viernes. De resto se sentaba a ver los niños jugar o enseñaba a hablar a un viejo en silla de ruedas. Fulminado por una trombosis, tú sabes.

—No me tutees, Juanico. Continúa.

—No hay mucho más, Smith. Este viernes iba acompañada de una señora algo mayor, cuaren-

ta años o más, vestida como ama de casa. Se reían mucho. Le vendí un poco de punto rojo; la señora fue quien le dio el dinero. Se encontraban a veces con otro cliente mío, Rangel, coronel del ejército. Ana lo trataba con cierto desdén, en una oportunidad los vi hablando en un banco del parque, Ana lo insultaba en voz baja, él creo que lloraba mirando a los carros pasar.

Agarró a Juan de Dios por la chaqueta y lo sacó de su oficina. Luego llamó a Arsenio, un contacto en informática de las Fuerzas Armadas y le pidió verlo.

—Sí te vienes ya, pero en taxi, ni se te ocurra venir a pie —le dijo.

Smith sonrió. Hizo otra llamada: Péndulo Pérez, un peruano que hacía las veces de ayudante. Le dio instrucciones de meter la nariz en casa de los Carvallo y las ventas de trofeos cercanas y traerle un informe antes de las seis de la tarde.

Al otro lado de la línea, silencio. Smith imaginó el gesto de asentimiento de su ayudante.

—Cómo ahorras palabras, Péndulo.

Silencio.

Smith suspiró al poco tiempo y colgó. Bajó a la calle y tardó unos minutos rechazando taxis en estado de descomposición. Al fin se decidió por un Ford del setenta y ocho, amplio y grasiento como

un barco. El chofer lo miró desconfiado e intentó entablar conversación.

Smith necesitaba pensar:

—Señor, no me interesa su opinión sobre la situación del país, ni sobre los precios de los cauchos, ni sus deseos de dictaduras firmes. Agradezco su comprensión y su silencio. A Los Próceres por favor.

El taxista soltó un «negro de mierda» entre los dientes que Smith decidió ignorar. En poco tiempo entraban al paseo de fuentes humillados por pequeños charcos de agua verde y descompuesta, grandes leones de piedra ennegrecidos por el humo y estatuas de mujeres desnudas que tomaban un baño eterno con los pechos opulentos al aire. Smith bajó frente a un edificio de pocos pisos que parecía un panal, pagó sin regatear lo que pidió el taxista y buscó la oficina del Capitán Arsenio Lander.

El Capitán Lander era aún joven, con esa mirada resignada de los militares que se saben fuera de la lista de ascensos en los próximos veinte años; cierto descuido en la vestimenta, compensado por su genialidad con las computadoras, lo hacían un hombre de oficina. Soldado de la retaguardia, como lo llamaba Smith.

—Arsenio, al grano: una niña bien, que respondía al nombre de Ana Carvallo, amaneció estrangulada

el domingo pasado en el Guaire. Era hija de Tato Carvalho, con quien ustedes hacen algunos negocios. Tengo una pista pobre, un tal Coronel Rangel. Como yo sé que en esas máquinas tienes hasta los nombres de quienes se acuestan con las esposas de los generales, me vas a buscar los coroneles Rangel dispuestos a encuerarse con una joven de rostro inocente, rubia y drogadicta.

—¿Carvalho, el de las botas de cartón? —preguntó Lander con el tono ajeno de siempre.

—El mismísimo.

—Interesante, por aquí las cosas arden a fuego lento, y eso de las botas va a explotar como explota todo en este país: un diputado insultándose con un ministro y dos o tres generales construyendo una tasca anexa a sus viviendas.

—Diez años estacionado en capitán te han vuelo mordaz, Arsenio.

—¿Por qué? Los jamones guindando, el terciopelo rojo y los afiches de fiesta brava con los nombres del dueño de casa constituyen el sueño de futuro de todo cadete.

— ...que llegue a General, al menos Coronel. Se vería ridícula esa decoración en tu apartamento de dos ambientes.

—¿Quieres ayuda, Smith? ¿O viniste a joderme la vida?

—Quiero que me ayudes, Arsenio. Por los viejos buenos tiempos.

Lander sonrió, la nostalgia en los ojos. La imagen del fracaso. Al menos, Smith no se había hecho nunca ilusiones de sí mismo. En cambio él, segundo de su promoción, becado en Panamá, hasta el día en que se le fue la mano con aquel recluta. Se extravió en el recuerdo de la cara del hombre, el sudor frío que le corría por la frente. El llanto: gemía como un condenado a muerte: eso era.

—Sería demasiado fácil que tu hombre fuera el Jefe de Intendencia que dirigió por el ejército las negociaciones con Carvallo, un Coronel de hoja intachable: Leonidas Rangel.

Smith ocultó cualquier gesto, la máscara de tótem, una pantera que acecha a la presa a la orilla del río.

—Y a este Rangel, ¿le gusta la carne joven?

—Estaba arrechísimo con Carvallo, las comisiones, tú sabes.

—¿Pero le gusta la carne joven? —repitió Smith dispuesto a mantener la pregunta hasta fin de sus días.

—Tanto como a ti o a mí, pero distinto — y volvió a sonreír su desprecio por el mundo.

—No me digas que su hoja intachable...

—Exacto. Es un maricón que se viste de luces a

la caída del sol y amanece repartiéndolo en el Flammes.

III

La tristeza invadió a Smith como cada tarde. Una suave parálisis que ascendía por sus vasos desde la tierra como una savia lechosa, densa. Llamó a la oficina: nada se sabía de Péndulo. Luego llamó a Laura, la invitó a almorzar, ella se negó. Smith adivinó su gesto cansado al otro lado de la línea, el odio reposado con que lo trataba desde hacía ocho años, el gesto de la fiera que aún lame sus heridas. En qué punto se fue todo al carajo, cuándo se hicieron insorpotables los ruidos de cada mañana al cepillarse los dientes, las canciones de Zitarrosa compartidas, las noches en que Smith buscaba a Laura en la escuela de Periodismo y se encerraban en su cuarto alquilado de La Candelaria, cómo había alisado esa piel, cuántas veces había lamido su barbilla, mordido su cuello de cisne, dónde quedó la ternura con que la levantaba entre sus brazos mientras ella gritaba como loca, penetrada y feliz.

—Siempre me extrañaron tus gustos, Euclides, un hombre de derechas que escucha la música de nuestra juventud, en París, sesentay ocho.

Difícil explicarle a Laura que Zitarrosa era una tarde de lluvia en San Juan de las Galdonas, el olor a sexo de la tierra mojada, la mirada de perfil de la espalda y ancas de esa mujer que una vez jugó a la mentira de acogerlo en su seno, la caída despreocupada de su brazo blanco sobre la entrepierna tranquila del negro.

—Está bien, Laura, recuerda a Sadel: No le cuentes a nadie mi historia.

—Qué romántico, Eucli, casi igual que el día que terminé en la Emergencia del Clínico ¿Te acuerdas que nadie se creyó el cuento de la caída por las escaleras?

—Está bien, Laura. Saludos a la niña.

—A veces pienso que ni te acuerdas de su nombre.

—Laura, que te coja un burro —y colgó suavemente.

El caso del poeta que ahogaron en una piscina sus compañeros. Todos libres: el poeta no sabía nadar, los hematomas en la región occipital fueron atribuidos a los azulejos de la pileta. Demasiados muertos importantes en este país para preocuparse por un pobre diablo. Recordó un verso encontrando entre sus papeles, en el cuarto del hotel de putas donde vivía: *la tristeza es una vaca amarrada a un río.*

Decidió ver pasar las horas sentado en un banco contando sus respiraciones y mirando a los patinadores en la avenida.

La noche llegó arrancándole al cielo fogonazos, haciendo todo rojo por instantes, iluminando por última vez en ese día rostros aliviados que vuelven a sus madrigueras. Smith pensó que no había comido nada desde la mañana y se dispuso a entrar en acción.

IV

En el Flames es fácil entrar si la estatura se convierte en una promesa. Humo y el calor de cientos de cuerpos desesperados, frotándose, rostros sudados y bocas chupando otras bocas, música a todo volumen, gemidos entrecortados desde las cornetas: una negra afirma que sobrevivirá. Una niña muy delgada y blanca baila con una gorda que le habla al oído. La niña niega con una sonrisa, la gorda le pasa los brazos por el cuello e insiste, la niña asiente resignada, mira al piso con un suspiro y se deja llevar de la manos hacia un pasillo oscuro. Hombres con aspecto próspero sonríen a Euclides desde una mesa. Un trago le llega a las manos, invita un viejo

calvo que lo mira fijamente desde la barra. Un muchacho maquillado se le acerca y se presenta:

—Hola, me llamo Stayfree.

—Bonito nombre.

—Bonito lo que adivino debajo de ese pantalón tan horroroso. ¿No te da alergia el poliéster?

Smith sonríe y Stayfree se contorsiona arrancándole brillo a su franelilla empapada, se agacha siguiendo el ritmo de la música con habilidad pasmosa e intenta tocar a Euclides en la entrepiernas, la boca entreabierta, anticipatoria.

—No tan rápido, negrito —le detiene Euclides sonriendo feliz de su buena suerte. —Tómame un trago conmigo —y le señala una mesa en un rincón oscuro.

—Yo no bebo ¿cómo crees que me mantengo así? —y pasa su mano por el vientre plano.

Stayfree resultó buen conversador, hablaba de sus clases de danza en Parque Central, de lo mucho que quería a su mamá, de la primera vez que un tío lo violó, retardándose en los detalles de la cópula incitando a Euclides con la mirada mientras se describía abandonado y abierto.

—Raro que no te doliera —le dijo Euclides— pero en el fondo se sentía agrado con el muchacho, lo palmeaba a veces en el cuello con algo de nerviosismo.

—Coño, me haces daño —decía Stayfree gozoso.

Al poco tiempo entró. Cincuenta, cincuenta y cinco años, delgado y fuerte, cabello corto bien peinado, canas en las sienes, una esclava de oro brillaba en su muñeca izquierda con gesto cansado y se acomodó en una esquina de la barra.

Euclides lo señaló en silencio, adivinando su identidad. Stayfree frunció los labios, miró al techo:

—Ese es un vicioso, le gustan las emociones fuertes, hacer daño, mi amiga Diosa terminó en el hospital, tuvieron que operarlo para sacarle una cadena de oro del culo. Es un pesado. Militar. Un enfermo.

A Smith le costó convencerlo, Stayfree se levantó y se acercó a Rangel con pasos leves, al poco tiempo caminaban hacia el baño: Stayfreee delante, danzando como rumbera y el coronel atrás, marcial y dueño del mundo.

Se encerraron en una de las cabinas, donde ya estaba Smith sentado en la poceta. El coronel ordenó en voz baja:

—Este mariquito que te la chupe, negro bello, mientras yo lo trabajo por detrás.

El puño de Smith estalló en el centro de las bolas de Rangel, que se dobló con la boca abierta, buscando aire. Stayfree ensayó un gritito histérico que Smith calló de un golpe en la nuca, obligándolo

a sentarse en la poceta. Levantó a Rangel por los hombros y le tapó nariz y boca con la mano como una garra mientras le decía lentamente:

—Unas palabras me debe, coronel, sobre la joven Ana Carvalho.

El coronel movía los ojos aterrado. Negaba, intentaba desasirse de la zarpa que lo atenazaba con fuerza.

Sí, coronel, Ana, Ana, Ana —repetiendo su nombre como si de repente descubriera lo mucho que le gustaba ese sonido, suave como música antigua.

Al fin habló Rangel, Smith escuchaba atentamente. Cuando salió del Flames la madrugada se había derramado sobre la ciudad. El pavimento mojado, un choque en la avenida Libertador. Nadie se ocupaba de recoger a los heridos. Con cansancio repentino en la mirada, Smith se alejó por las calles que parecían haber sido abandonadas por todos. Un carro pasó lentamente: sonaba Gilberto Santa Rosa. Smith no podía explicarse por qué el ruido de sus pasos le provocaba tantas ganas de llorar.

V

A las cinco de la mañana Smith llamó a Péndulo; pocos cabos le faltaban por atar:

—Cuéntame de los Carvallo, Péndulo.

—Desolados.

—¿Las ventas de trofeos? ¿Qué hemos sacado de las ventas de medallas?

—Una lista.

—Adiós, Péndulo, que duermas bien.

Caminó hacia el edificio de tres pisos donde había vivido por cinco años. «Hogar», masculló entre dientes. Abrió la puerta con la llave que aún llevaba consigo y caminó hacia el cuarto donde Laura lo esperaba en silencio.

—Cuando venía hacia acá recordé tu pequeño defecto congénito, Laura, la ausencia de lágrimas. ¿Todavía usas de las artificiales?

—Sí.

—Y cuando lloras, ¿cómo haces?

—Para llorar las lágrimas son lo de menos, Euclides.

—Es probable, pienso en Ana Carvallo, otra que no va llorar nunca más, ¿verdad, Laura?

—¿Qué sabes tú de eso, Euclides? —le preguntó Laura quedamente.

—Poco, muy poco: sé que se revolcaban, conozco de tu afición por las heridas punzantes, me imagino que tu psicoanalista tendrá algo que decir de todo esto.

—No metas mi análisis en esta vaina.

—Disculpa, ahora pienso que en el fondo siempre me excitaba sorprenderte mirando a las rubias jóvenes con ojos de tigresa. Pero, por favor, Laura, una mujer tan fina como tú cogiéndose carajitas a la orilla del Guaire, entre las palmeras y los recogedores de lata. A propósito, geométrica la herida entre las tetas.

—¿Y qué vas hacer?

—No te preocupes, no saques el frasquito de lágrimas todavía. Por allí debe haber algún güevón que no aguante la coñaza en la Judicial, ese crimen hay que resolverlo rápido, tú sabes. Una última cosa, Laurita: no uses las medallas que le dan a la niña en el colegio para tus sesiones de amor: Siempre creí que estábamos muy orgullosos de que fuera la primera de la clase años tras años.

Y salió a la calle con ganas de agradecer la luz de la mañana, bostezó, se olió las axilas y se preguntó si la arepera de la esquina estaría ya llena de gente.

La última guardia

*como alguien que he amado, y que me ama
desde un ataúd lleno de piedras*

EUGENIO MONTEJO

De noche, los pasillos del hospital se vuelven tristes como los aeropuertos. Las habitaciones oscuras, el suave rumor del sueño de los psicóticos. Detesto las guardias, la sensación de estar encerrado en un Fuerte Apache rodeado de locos. Duermo mal esas noches, en ocasiones despierto de madrugada bañado en sudor, un sabor ácido en la boca: mis pesadillas, encerradas entre las paredes de la residencia, desatadas en una danza feroz. Peor aún si hay trabajo que hacer: si fallan las drogas, tenemos aullidos y silbidos hasta el amanecer.

Mi última guardia. La enfermera tocó la puerta con insistencia, siempre fue difícil levantarme: «Doctor, está malita la del 45». Pedí la historia, garabateé unas indicaciones, traté de dormir un poco más. No fue posible. Me levanté y caminé por el

hospital, la hora en que me gusta, los médicos se recogen asustados en sus habitaciones y los enfermos invaden todo con su miedo. Hay códigos secretos entre quienes van a morir: la cancerosa de la 13A implora una ampolla de morfina, el marico de la 22B pasa cada noche a la cama de al lado y vive, contradiciendo su rostro esquelético y la fiebre que lo muerde en las mañanas, intensas y sigilosas sesiones de amor, la enfermera que vende medicamentos, la hija de la cardiópata que se la chupa cada noche al residente de Cirugía. Recibe, a cambio, un trato especial para su madre, una palmada de aliento, unos minutos más de atención a los latidos cansados de la vieja. De repente tuve una erección. Dura, dolorosa bajo la delgada tela del mono. En un arranque, llamé a Marla. Le pedí que me esperara donde siempre, Hotel Waldorf.

Salí furtivamente y me dirigí al hotel. Era antiguo, tenía un restaurant chino en la planta baja, rejas engrosadas por varias capas de pintura. Acosado por las cucarachas. El chino de la recepción me conocía, dijo 103 y se sumió nuevamente en el silencio. Quise pagar, Marla ya lo había hecho. Subí por unas escaleras de granito verde, falsas como en las películas de Fred Astaire. La puerta de madera, sin pistillo, se sostenía por su descuadre con el marco. Empujé: todo a oscuras, como le gustaba a ella.

Supuse techos altos, un escaparate derruido, una cama ancha en el centro. Ella esperaba en posición de yoga, me angustiaba no verle la cara, sabía que sus jugos estarían manchando la sábana, probablemente se estaba tocando cuando llegué.

—No me esperaste —le dije mientras le quitaba la ropa. Creo que sonrió. Me acerqué a su entrepierna que olía a jabón y a arroz a la marinera. Le acaricié el botón con la punta de la nariz y ella se puso tensa como un violinista. Metí la nariz con afán de periscopio. Luego lamí hasta el cansancio, mordí dos rodetes gordos y suaves, alisé con mis dedos la carne rosada que asomaba entre los pelos recién afeitados. Marla seguía mis maniobras con respiraciones entrecortadas, sostenía mi cabeza como temerosa de que decidiera meterme en un viaje sin regreso. Ahogado en un líquido caliente. Recorrer su piel con tristeza de huérfano, procuré hundir mis dientes sin hacer mucho daño. Sus tetas me observaban como ciervas insomnes. Me dijo muérdelas y yo mordí. Primero suavemente, alternando las dentelladas con lametones amables. Sus bufidos sobre mi cabeza servían de guía, me encontré con fuerza en sus pezones y aflojé sólo cuando sentí un sabor metálico. Ella jadeaba. Cuando me retiré, un moretón adornaba la sana redondez de sus senos. Al llegar a la cara, me premió con sus

besos. Pidió mi lengua e intentó arrancarla de raíz. Yo gemí y ella la soltó avergonzada. La penetré festivo, gozoso de su recibimiento. Nos concentramos en movimientos suaves y espasmódicos como un mambo, al final de cada embestida ella daba un saltito con sus muslos para sentir la raíz, su parte más gruesa, accediendo a las entrañas. ¿Unos minutos? Y explotó en un orgasmo de cinco puntas. Temblaba como epiléptica, yo la abrazaba con gesto de timonel. Como un espadachín lo sacó de su vaina y me preguntó, generosa:

—¿Qué quieres? —y se inclinó para ensalivármelo con ternura.

—Metértela por detrás.

Parecía el sastrecillo valiente. Suspiró:

—Está bien, dame por el culo.

La acerqué cauteloso y aparté sus nalgas con mis manos, explorando sus profundidades. En el fondo se vislumbraba un huequito que emitía una luz tenue. Se lo acomodé decidido, ocupando el túnel angosto. Ella estiró el cuello como una yegua asustada y dijo que no en el último instante. Puso cara de disculpa. Yo me masturbé y le acabé en el pecho.

Plácidos nos dedicamos a tocar nuestros cuerpos. Marla me hablaba de su padre, un alcohólico y yo le hablaba del mío (no contarle de quemaduras como planetas en el antebrazo de los golpes concienzu-

dos al hígado con un bate, del rostro sumergido en la mierda de la sonrisa final con que despidió a los torturadores liberadores que lo metían a coñazos en un hueco de tierra húmeda y todo lo que quería, el afán egoísta de los suicidas). Nuestros olores bailaban por el cuerpo, reposaban sobre la cobija de tela basta, en el brillo perlado de mi palo. Mientras me bañaba preguntó si estaba de guardia.

—Sí, la última —respondí.

Camino del hospital agradecí la brisa en el rostro, la luna menguante, el tráfico escaso. Entré por la lavandería y me colé por los sótanos: un cementerio de camas inservibles y equipos oxidados. Excusas sobran para mi ausencia. Al llegar al Servicio supe que algo había ocurrido: el movimiento era inusual. La enfermera me miraba con reproche:

—La del cuarenta y cinco, doctor, está muy mal. Llamé al de Terapia.

Se estaba muriendo. Era gorda y blanca como la ballena de Ahab. Boqueaba con el cansancio que sigue a la batalla. El residente de Terapia Intensiva le clavaba un largo catéter en el cuello. La lengua, que salía entre sus labios secos, era un pergamino oscuro y arrugado. No respondía al llamado, ni al dolor, ni a mi miedo. Tomé una inyectadora y busqué en el nacimiento de los muslos la arteria femoral, convencido de que no servía de nada. El de Terapia, que me odiaba, preguntó con burla:

—¿Y no te diste cuenta? Debe tener como ocho horas así.

Negué lentamente con la cabeza. Escuché los craquidos de sus pulmones, imaginé mi destino ante comisiones de ética. (¿Qué postura asumir? ¿El médico digno que admite su error? ¿Culpar a la enfermera?), miré su pobre cuerpo mancillado por agujas y frascos inútiles de solución y los pechos de Marla temblando azules en la noche.

Historia de una alfombra

Cuando llueve, el río deja de ser espejo y se vuelve una fiesta de chispazos. Aquella tarde veníamos de Comunidad, una isla con habitantes de ojos rojos. La selva había borrado el paso del tiempo, la lluvia se había metido en nuestros cuerpos como un dolor, una larga enfermedad. En la voladora éramos tres los tripulantes: el teniente de la guardia, el motorista y yo, médico rural, harto de aquel caldo, pueblo de mierda llamado Maroa.

A lo lejos, un punto sobre el río negro. Una presencia que rompía el ruido monótono del motor, algo vivo distinto a los chillidos que emergían del laberinto de manglares. El motorista enfiló la voladora cuando lo señalé, el teniente levantó la mirada desde el aburrimiento: un indio en una canoa inverosímil, remando con un rifle entre las piernas tras un bulto ¿un animal? mancha peluda unida a él por hilos invisibles, como las mascotas a sus dueños, las madre a sus hijas, la mujer a los sueños que la protegen del pene flácido de su marido.

Era un oso que nadaba hacia el medio del río, su larga cola empapada como un felpudo de edificio. Levantaba la cabeza para oler el peligro y luego la sumergía con piruetas de atleta olímpico. Confiaba en salir bien librado cuando la corriente lo ayudara a voltear la frágil embarcación. Para el indio, que lo seguía con cautela —conocía de sus garras curvadas— ya era comida de los próximos días.

El teniente decidió que el oso era nuestro; el indio detuvo el esfuerzo de sus brazos cuando nos acercamos lo suficiente y pudo ver la nueve milímetros en la mano del militar. Sonrió resignado, como si supiera algo que nosotros ignorábamos. Miró hacia la orilla y se abandonó río abajo conversando con las aves que anunciaban el amansamiento de la lluvia.

—Échatele encima —dijo el teniente. —Ponte de lado, que de aquí no le doy— y levantó la mano armada como un prócer con exceso de peso. El animal continuaba hacia el centro, sin tiempo para cambiar sus planes. Fácilmente lo alcanzamos. Pude ver su lomo erizado, el castaño de sus cerdas, la mancha clara en la cola, el hocico largo y simpático. Me senté al fondo de la voladora, repentinamente agobiado por su suerte: la cobardía que me acompaña desde siempre. Dije no suavemente en el momento en que el teniente disparó. El oso buscó el fondo hasta perderse entre las aguas oscuras.

—¿Le di?

—No.

Luego el golpe seco que estremeció la lancha, la mirada asustada del motorista, mi miedo devuelto por la cara del teniente.

—Lo pelaste, güevón ¿y ahora?

—Ahora aprieta ese culo. Es él o nosotros —mientras el animal continuaba contra el costado de la voladora y el gordo disparaba con desespero hacia el celaje, los pelos, el remolino, la amenaza.

Pensé si merecíamos esa muerte. Detesté la escasa puntería de los efectivos de nuestro ejército. Deseé que en el último momento el bicho se ensañara con la carne abundante de su asesino.

Un grito ronco con el último disparo. El oso irguió la mitad del cuerpo y miró asombrado el otro cielo en el reflejo del río. Otro grito: la agonía, y se volteó de lado como quien busca descanso; la sangre oscura manaba de su nariz. Lo halamos por la cola hasta un banco de arenas blancas, aún no tragado por las aguas. Entre los tres lo sacamos a la orilla. Era alto y grueso como un ídolo. El motorista lo abrió en canal y salió humo de sus vísceras.

—Carne, doctor; olvídense del diablito por unos días —dijo el teniente con burla, extasiado por su victoria.

Como dueño de la embarcación, me correspon-

dieron cuatro kilos y la garra que te regalé, Kranya. Una cena de carne brillante y escarlata olorosa a perfume barato, arroz quemado, la soledad y el llanto suave que anticipa las pesadillas de cada noche.

Vida moderna

Tal como está dicho, ella levantó las cejas hirsutas y le exigió, con un gesto, permanencia. Las paredes sin ángulo en los bordes, la sensación de largas distancias que proporcionaba la luz del débil fuego de la entrada, le producían agobio. También un recurso: ¿existió o soñó con un tiempo de lluvias eternas, de comidas compartidas entre bocas pútridas, cubiertas de sangre? Nunca se sentía feliz en las mañanas: persistía la desazón por los sonidos que traía la noche, la desmesura de su fragilidad. No era aún la era de las aves, de los bosques fecundos, los perros eran animales fieros, casi desprovistos de pelo, que corrían en grupo tras la presa. Igual que él, ahora y para siempre, condenado a regir en ese mundo incompleto.

Se levantó con cuidado, examinó las ronchas y las heridas de la anterior cacería. Confió, por su olfato explorando el brazo tumefacto, en seguir siendo un macho útil, uno más, sin señas especiales que lo acercaran a la muerte, al desprecio por su inva-

lidez; temía que le obligaran a renunciar a ella (le había costado conseguirla, ahora no podía vivir sin su cabellera dura, sus carnes crecientes, el acre de su aliento) y a la cosa pequeña que lloraba envuelta en pieles en un rincón.

Su cueva era la más elevada de la montaña, la más discreta, la más fresca en los días de verano. Desde allí observaba la costra rígida de las extensiones del gran valle, el rumor de las manadas, su alimento, el peligro que podía venir de cualquier lado: los grandes lagartos, la infección, el celo de su vecino. Los altos montes a lo lejos, grises y cubiertos de bruma, eran el recinto de sus dioses y también fue, aquella tarde, el lugar donde vivió su peor pesadilla.

Con disimulado desgano ofrendó un cántico y se aplicó en el examen de sus lanzas. Salió abrigado y caminó en silencio al lado de sus compañeros, tras la huella del mamífero dentado.

Ella suspiró y esperó que se alejaran los pasos de su marido. Amamantó a la criatura y esperó. Se retardó en la búsqueda de piojos en su piel, le encantaba su sabor salobre, el crujido exacto que hacían entre los dientes. Al fin entró el joven. Le gruñó con placer, regocijada por la marca perfecta de sus músculos. Se arrojó sobre ella y buscó con su miembro duro. La penetró entre la mata de pelos donde hervían las ladillas. Sus quejidos se confundían con

el llanto del niño. Afuera, las otras mujeres respiraban el riesgo en el aire. Algunas cómplices, otras aparentemente indiferentes, las más despreciando la tradición. Ella se sentía rebosante de leche; el joven, extrañamente lampiño, reposaba con la cabeza entre sus mulos. Después, la puso en cuatro patas y la cubrió por detrás: dos conchas marinas, dos insectos persiguiéndose en el aire. Al final se retiró, dejándola derrengada en el suelo de tierra. Se despidieron con la mirada.

En la noche, ella calentaba un trozo de carne verde. Él miraba el fuego, luego la extraña pintura de la pared que hablaba de épocas felices, luego el rostro apacible de ella. Así fue escrito que el hombre levantó la cara y emitió un gemido ululante, un grito desesperado devuelto por miles de estrellas cautelosas, con qué nombre llamar ese nuevo destino.

Escualos

Al amanecer el canto de los pájaros desciende del cerro, atraviesa el pueblo y cae derrotado por el ruido persistente del mar. Ellos desayunaban en silencio, acompañados tan sólo por el chirrido leve de los cubiertos rasgando los platos, por los suspiros de él cuando veía el cabello largo y húmedo de Kranya recogido en una cola que le acariciaba la nuca. La niña, a un lado, jugueteaba con un trozo de panqueca convertida en un trencito.

—¿A qué playa quieres ir hoy?

Ella se encogió de hombros, miró a la niña, le limpió la nariz, la reprendió.

—No sé, di tú. Da igual

—¿Pero quieres ir o no? Mierda —masculló él mientras apartaba el plato bruscamente.

Muy lejos el recuerdo del día que la conoció. El andar de pantera por el pasillo de la oficina de arquitectos adónde había acudido para construirse una casa nueva, los trazos seguros de ella, acometiendo habitaciones sobre un plano según sus deseos, aquí

la habitación de los niños, aquí un jacuzzi, aquí un sitio donde estar solo, por favor. Las tetas algo pequeñas rozaban la mesa, se insinuaban bronceadas, sin sostén, los logros del topless en Martinica. Un día se le sentó a horcajadas, mojándole el pantalón con un jugo caliente. Luego todo fue muy rápido: la separación de Hercilia, los bienes partidos con un hacha, la casa vendida a medio terminar, el régimen de visitas a los niños.

—Mario, no dije que no quería ir, escoje tú la playa y vamos, sin peos, por favor.

El énfasis cansado de sus palabras producía en Mario el efecto de un estilete, de una descarga eléctrica recorriendo su columna vertebral, otra vez el temblor de las manos, el sudor leve sobre la frente quemada.

—Lo de anoche fue demasiado.

—¿Qué?

—Todo lo que pasó anoche. ¿O ya no te acuerdas?

—No mucho, no te queda bien ese tono misterioso palurdo, así que dime qué es lo que te tiene arrecho y paramos ¿sí?

—No mucho, pero ¿nada? ¿nada? ¿nada?

—Ya te dije: no mucho. Tú sí recuerdas muy bien, ¿verdad, Mario?

—Sí.

—Entonces dime, coño, y para el jueguito.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Mario sabía que hacerla llorar era mal negocio. Luego se revolvería la rabia, la indignación, las ganas de humillarlo hasta verle el hueso.

—Repito, fue demasiado —El perico sobre el muro del malecón, Martha y Carmen comiéndote las muñecas, y todos los negros que te cogieron allí, contra la estatua ¿sabes cuántos fueron?

—No. Tú sí ¿verdad? Los contaste ¿verdad? Te gustó verme ¿verdad?

—No sé, Kranya, no lo sé.

Le acarició la mejilla. Ella se ladeó un poco, a la manera de los gatos satisfechos, cerró los ojos enmarcados en ojeras profundas, unas arruguitas se le hacían alrededor de los labios: los años, los trasnochos, la cocaína, los insomnios.

Salieron hacia el sol que daba a las cosas apariencia de ser hechas de cristal. Ellos delante, la niña atrás, tocada con un sombrero ancho de paja bajo el que se derramaban los bucles, un angelito de esos que representan al viento en los mapas antiguos. Se dirigían al muelle en busca de un bote que los llevara a la playa. Los gritos en la calle, los carros repletos de gente, la licorería hasta el tope. Mario metió el hielo, las cervezas y los refrescos en la cava, complació a la niña con un chocolate, a última hora

compró también una botella de ron y dos vasos de plástico.

Cuando llegaron al muelle, un movimiento extraño. Sobre la arena, como víctima de una guerra, decenas de tiburones abiertos en canal. Cuerpos metálicos, de vientres blancos y ásperos, la boca terrible entreabierta en una mueca de hastío, los pescadores tomaban las vísceras humeantes y las arrojaban al mar, los pelícanos y las gaviotas se lanzaban feroces tras los despojos. La niña dijo:

—Los tiburones son malos.

Los pescadores continuaban tasajeándolos, cortaban las aletas con desdén y las arrojaban en unos huacales de madera. Mario pensó en una comiquita de su infancia, llegaba un cliente a un restaurant y pedía sopa de aleta de tiburón y el mesonero traía un plato humeante donde sobresalía, nadando, una aleta. Se preguntó por qué nunca había ido a un sitio donde le sirvieran una sopa de esas. La niña continuaba extasiada viendo cómo la arena se teñía de púrpura. Un niño del pueblo había arrancado los ojos de uno de los tiburones y se los ponía en la cara, persiguiendo a otros niños que corrían sonrientes. De repente, todos participaban del festín: los pescadores, los habitantes del pueblo, que esperaban su parte en el asunto, Mario tomaba fotos, el niño corría con sus prótesis oculares, la niña miraba

en silencio. Kranya tenía una sonrisa extraña que llenó a Mario de espanto.

Como en cámara lenta, la niña estiró la mano hacia los tiburones. Dijo en voz baja:

—No.

Y luego más fuerte: No. No. Gritaba, se llevaba las manos a la cara, lloraba. Mario la abrazó. La llevó al bote. Kranya los siguió, cargando la cava. El motorista les preguntó adónde iban.

—A Valle Seco —dijo Mario.

—¿Y a qué hora regresan?

Respondió algo que se tragó la brisa que soplaba del mar hacia la montaña coronada con la imagen desvaída del santo del pueblo, blanca, olvidada, sola, cagada por los pájaros. Mario cerró los ojos hasta que todo fue rojo.

Zamuros

*Me verás caer
como una flecha salvaje*

CERATI

Soy médico. Traumatólogo. Por culpa de papá llevo nombre de reloj: Casio, Casio Peralta. Papá decía que ese era un nombre famoso en el Imperio Romano, que se lo cuente a los jodedores del servicio. Hasta hay una tienda que pasan por la radio a cada rato: «la casa del casio, la casa del casio» y sigue la joda. Pero a lo que iba:

El teléfono sonó en la madrugada, eso es normal: soy médico, traumatólogo y siempre habrá a quien se le quiebre una pata a horas increíbles o algún tiroteado que después de dar gracias a Dios por quedar vivo requiera de mis servicios. Hercilia, en su séptimo mes de embarazo, sólo se ladeó y apuró un poco la respiración de ballena cansada mientras murmuraba quién es, a esta hora.

—Una emergencia. No para de llover.

Era Irene. Insomne y clara y pura y con los ojos de gata recién parida que me esperaba.

En esta ciudad las noches amenazan siempre. Pero hoy, con la lluvia y el terror que atravesaba como una hoja de bisturí N°3, las calles solitarias parecían fotos de Marte enviadas por una sonda gringa. Conduje como loco, regocijándome por las olas que levantaba el carro al pasar por los charcos, tan sólo lamenté que no hubiera nadie a quien mojar. Me pareció extraño escuchar ruido de aviones en la oscuridad: un rumor ahogado, un aviso que viniera de lejos y no se pudiera descifrar. Estacioné frente a la casa de Irene. Amanecía y, esta vez, el cerro no me devolvió la paz como hacía siempre. Parecía prisionero, enyesado por nubes grises que lo sobaban con lascivia. No se adivinaba el sol, derrotado de antemano por el agua que caía con saña. En el edificio de Irene, una sola luz, la de su cuarto, me guiaba. Vivía sola en un apartamento de un ambiente decorado por su ex esposo, un fotógrafo alcohólico a quien Irene llamaba el amor de su vida. Ese es otro cuento: Irene zahiriéndome, mortificándome, ninguneándome a cuenta de que no era intelectual. Ni ganas que tengo, ni falta que me hace. A todos esos drogadictos y maricones lambucios de subsidios me los paso por el forro. Yo soy médico de la Universidad del Zulia, con postgrado en la UCV y PhD

en la Univeridad de Stanford (se escribe PhD pero se pronuncia piechdi). Se dice fácil aunque fueron trece años desde el primer examen de Anatomía y el primer profesor que me pidió la hora con sorna. Esa es otra historia, ya les dije.

Irene me esperaba con una franelilla que le respetaba el ombligo y le daba apariencia de deportista aplicada. La pantaleta era mínima, casi un suspiro que protegía inútil sus nalgas poderosas y el nacimiento de las piernas, largas y blancas como los fantasmas. Ni un reclamo, ni un aspaviento, cero ironía acerca de la fecha de nacimiento del primogénito, ninguna duda tantas veces argumentada sobre el diagnostico de paternidad. Sólo la mirada tierna de miope, el gesto de niña cuando se rascaba los pe-litos suaves dónde la nacía el pubis.

—¿Viste las noticias?

—No. ¿Qué?

—Coño, Casio, desapareció La Guaira, se desbordaron tres represas hay como cien mil muertos.

Siempre exageran con el número de muertos. Termina convirtiéndose en una puja macabra, una posesión celosamente guardada, quien tiene la cifra más alta de difuntos, quien corta el aliento de los demás con un número inverosímil y por eso irrefutable.

Decidí que no era mi problema. La tomé en mis

brazos para de nuevo sentir el asombro por su liviandad, por la lisura cuidada de su piel, me hundí náufrago en la hondonada en la que desemboca su cuello y besé ese trozo de Irene, ese rincón terso bajo el que se adivinaba el hueso.

—Deja, no estoy de humor. Y esgrimiendo el control remoto del televisor como una sentencia apuntó a la pantalla.

Un mapa del desastre. Barro y troncos de árboles, casas, cuerpos y vehículos adentrados en el mar, que ya no parecía el mar, si no una olla de sopa podrida. Otra toma y unos niños corren, una mujer se mesa los cabellos y llora, un hombre sostiene los restos de una cocina sobre los hombros, la mirada obligada al suelo. Grandes rocas azules aplastaban lo que ahora era el fósil de un camión, empollaban una quinta de dos pisos o adornaban la azotea de un edificio con una calma pasmosa, como si siempre hubieran estado allí, como si ese fuera su sitio en el planeta, la tierra prometida tantas veces buscada. Vuelta a los estudios, los locutores con la cara más compungida posible, el decorado parecido al que sacaban en tiempos de elecciones: una bandera, gráficos, una palabra que rimara con el slogan del canal y las circunstancias. Entrevistaban a un ministro, o a un meteorólogo, incluso a psicólogos clínicos, o eso decía que era el señor que hablaba

del trauma psíquico de modo convincente, como si fuera de su dolor más oculto del que discurriera, de su propio abandono, de su íntimo insomnio. Vuelta al lugar de los acontecimientos y las aguas furiosas tragándose un barrio entero. Un periodista descendía como un zamuro hasta un sobreviviente y le mostraba el micrófono como una garra: ¿Se te murió alguien? ¿Cómo te sientes porque perdiste la casa, y a tu hijo? Excelente hubiera sido, digo yo, que un damnificado hubiera rescatado un bate, un bate de madera o de aluminio, da igual, olvídate de Sammy Sosa, y le hubiera hecho swing en el temporal, un poco por arriba del audífono, para hacer la pregunta igual de obvia: ¿Te duele? ¿Más hacia la frente o hacia atrás?

Seguía pareciéndome ajeno. Por ningún lado aparecía el club donde aprendí a nadar unas vacaciones, ni la playa a la que Hercilia y yo nos escapábamos del hospital algunas tardes para mirar el mar en silencio, la agresividad perseverante de las olas, las aves indiferentes y disciplinadas. En momentos así creo que amaba a Hercilia, sus manos suaves que calmaban el temblor de las mías, sus hombros de persona que siempre dice la verdad (era cierto, jamás mentía, al menos que yo sepa).

Se me metió el diablo. No me fue difícil desnudar a Irene, aunque se resistía, me arañaba, pateaba.

La besé con afán de entomólogo, cubrí su cuello de saliva, obligue a sus músculos a relajarse un poco. Besé su boca entreabierta y busqué la lengua, que se negaba a jugar. La volteé con la habilidad de Basil Batta en el Nuevo Circo y así, de espalda, tuve tiempo de admirar sus omóplatos perfectos, el hueco que se hacía en su espalda cuando le apliqué la llave que la inmovilizó, el fin de la columna vertebral donde parecía faltar la cola erizada que las antepasadas de Irene habrán lucido coquetas hace miles de años. Las nalgas húmedas que parecían respirar. Hacia allá me dirigí exploratorio y las mordí suavemente, como una atracción pasajera mientras me dirigía al objetivo, abrirle las nalgas y buscar, buscar, buscar el huequito luminoso y apretado. Allí lamí con la indolencia de los condenados a muerte, Irene empezaba a responder, lo notaba en los movimientos sinuosos, como de serpiente bailando, que empezaba a hacer su esfínter, en el silencio de sus dientes apretados, en los brazos descoyuntados a los lados. Cuando la penetré por detrás, gimió agradecida. La obligué a mirar el televisor mientras me movía en su interior, adivinando nuevamente sus pliegues suaves y valles recónditos con el mismo vértigo de los astronautas cuando pisan la luna por primera vez. Irene emitía unos ruidos entrecortados, creo que lloraba un poco, pero yo estaba lejos

de allí, como envuelto en una burbuja de látex, sólo atento a los golpes secos contra sus ijares que detenían, como una muralla, mis embestidas. Cuando me fui, chupé su cuello diciendo algo ridículo: soy un vampiro, soy un vampiro.

Nos buscamos una y otra vez sobre la cama empapada mientras las imágenes se repetían en el televisor. Casi se podía sentir el olor de los muertos, la carne de miles de cuerpos eructando bajo los escombros. Hacia el mediodía llamé al servicio. El cabrón del jefe me preguntó dónde estaba, murmuró algo sobre un operativo y no tuve más remedio que decirle que desde temprano estaba abajo, ayudando por los lados de Carmen de Uria. Allí se me quebró un poco la voz, en ese pueblo me había comido los mejores helados de coco del mundo, los hacía un viejo que tenía una bola enorme que le tensaba el pantalón y lo obligaba a andar siempre con el cierre abierto. Parecía como si alguien se hubiera equivocado con él y en lugar de testículos le hubieran injertado un balón de basket sólo para ver como se las arreglaba. Cada tarde nos íbamos a comer un helado, mis primos y yo, y mirábamos de reojo el fenómeno. El jefe atribuyó mi actitud a la situación que estaba viviendo, me pidió que me mantuviera en contacto y que por favor me cuidara. Puse voz de Bruce Willis y lo despaché. Hice otras llama-

das: A Hercilia le dice que estaba en un hospital de campaña recibiendo heridos. Lo mismo: cuídate, cuídate, esto es horrible. Cara de culo de Irene e ida al baño a lavarse hasta que yo la rescatara y la regresara a nuestra concha, nuestro refugio antiaéreo. A mi mamá, la pobre vieja ni se había enterado, me pidió un récipe de valium, no había dormido en toda la noche. Luego te lo llevo, adiós. Incluso di unas declaraciones para la radio desde mi celular, no recuerdo bien pero creo que hablé de fracturas abiertas y la forma correcta de inmovilizar heridas con lo primero que se tenga a mano. Hablaba en murmullos, entre jadeos, porque Irene, encogida como un caracol, me lo trabajaba con la lengua, se lo tragaba, hacía gorgoritos, lo ensalivaba con dedicación. Me despedí del locutor antes de que tuviera tiempo de darme las gracias, me escuché por la radio y casi creí en la veracidad de mis palabras.

En la tarde, a la hora que más odio, decidí que era el momento de irme. Irene me pidió que me quedara, que durmiera allí esa noche, que le daba miedo quedarse sola. Y de mi miedo nadie se ocupa, pensé.

—Casio, eres un cobarde. Los amores cobardes...

—Irene, por Dios, a tu edad y citando al cubano ese.

Bastó y sobró para que empezara a insultarme

con la tenacidad de un alpinista. Insulto, pausa, insulto, pausa, como en clave morse. Parecía una sacerdotisa que inventaba una nueva religión y estaba desentrañando los códigos dictados por una fuerza superior.

—Cobarde. Egoísta. Cínico. Cabrón. Hijo de puta. Coño de tu madre. Maldito. Mal parido. Parásito. Mierda. Maricón. Pelele. Mediocre. Cagón. Acomplejado. Mojón. Bruto. Maracucho. Pendejo. Hijo de la grandísima puta.

Cuando empezó a repetirse, ya yo estaba convenientemente vestido. Intenté despedirme pero ella continuaba cantando la misma canción: cínico, cobarde, etcétera. Salí del apartamento pensando que Irene estaba un poco loca. Afuera ya no llovía. Tomé un poco de barro con el que embadurné las botas y los pantalones y abrí el tanque de gasolina para borrar de mis manos el olor del sexo de Irene que se me había incrustado como un recuerdo. La gente comenzaba a salir a las calles y recorría las tiendas con remordimiento. Yo seguía envuelto en una bruma leve, extrañamente ingravido, las manos me brillaban, traslúcidas, sin temblor alguno, lo cual era muy raro a esa hora. Decidí que no iría al hospital en varios días. Los héroes merecemos algo de descanso. Creo haber hecho algo por el prójimo cuando deseé con fervor que a la mañana siguiente

saliera algo de sol que nos quitara la sensación de que el mundo estaba a punto de acabarse y endureciera un poco el lodo para proporcionar cierta paz a los cadáveres.

ÍNDICE

Prefacio	
El golpe tormentoso de <i>La piel del lagarto...</i>	9
I	
Los peces	15
Canción	26
LA PIEL DEL LAGARTO	
114-B	37
Sala de Partos	40
47-A	43
Anatómico	48
Consulta Externa	50
Wiscon	56
Pediatría	60
Infeciosas	62
Técnica quirúrgica	65
EL SUEÑO DE LOS CIEGOS	
El sordo, una winchester y el primer beso	77
Crece en los árboles	83
La comida china	85
La fiesta de las larvas	93
Dime cuántos ríos son hechos de tus lágrimas	101
La última guardia	122
Historia de una alfombra	128
Vida moderna	132
Escualos	135
Zamuros	140

LA PIEL DEL LAGARTO,
de Jorge Rodríguez Gómez
se terminó de imprimir en julio de 2015
en los talleres gráficos del IMP,
Caracas - Venezuela

Para su composición se empleó
Adobe Caslon Pro 14 y 12.

Son Dos MIL ejemplares de esta edición.

La narrativa venezolana se caracterizó a todo lo largo del siglo XX por producir, a través de novelas o de conjuntos de cuentos, el retrato urbano y el paisaje psicológico de sus respectivas generaciones. Pensemos en *Al sur del Ecuánil*, de Renato Rodríguez; *Piedra de mar*, de Francisco Massiani; *Historias de la calle Lincoln*, de Carlos Noguera. Los relatos de *La piel del lagarto* son el testimonio narrativo, largo tiempo postergado en su publicación, de Jorge Rodríguez Gómez y su autorretrato generacional. Con su crueldad anecdótica, su punzante humor negro, su desparpajo erótico, se inscriben en este linaje literario que, quizás como defensa o resistencia, opone la crudeza expresiva a la inmisericordia propia de la urbe y de su fauna humana. La generación y su subjetividad colectiva dibujada en esta secuencia de relatos, que trazan entre sí líneas de continuidad novelística, resulta hoy, en muchos aspectos, una suerte de «generación perdida» o descontinuada. Son los jóvenes universitarios, estudiantes o pasantes rurales, comprometidos por convicción o por inercia con una aspiración política cada vez más difusa y vaga, casi sin causa, en las décadas finales del decadente siglo XX. La convivencia del izquierdismo huérfano con el *yupismo* emergente produce efectos trágicos y cómicos, complacientes y críticos, antagónicos y agónicos, que la prosa de Rodríguez Gómez retrotrae a la memoria con la fluidez de su monólogo, la vitalidad desembozada del deseo, la mordacidad del desapego y la rabia de la injusticia.



